

COLECCIÓN | NÚMERO 5

SANJUANISTA



La enseñanza de la cruz
y el ejercicio de la misericordia

JUAN MANUEL DEL CORAZÓN DE JESÚS ROSSI, IVE

**La enseñanza de la cruz
y el ejercicio de la misericordia**

5 / Colección «sanjuanista»

Juan Manuel del Corazón de Jesús Rossi

La enseñanza de la cruz y el ejercicio de la misericordia



La Marsa

2020

2ª edición digital:

Junio 2020

Monastère «Bx. Charles de Foucauld»

Villa Lavigerie – B.P. 6 – 2070

LA MARSA – TUNIS

moinesive@ive.org

Introducción*

«Confide autem in Deo, et mane in loco tuo.
Facile est enim in oculis Dei
subito honestare pauperem».
(Eccli 11, 22-23)

Entre el viernes 13 y el sábado 14 de septiembre de 1935, en su convento en la ciudad de Vilnius (entonces Polonia, actualmente Lituania), la religiosa María Faustina Kowalska padeció las revelaciones que así narra en su *Diario*:

«Por la tarde, estando yo en mi celda, vi al ángel ejecutor de la ira de Dios. [...] Al ver esta señal de la ira divina que iba a castigar la tierra y especialmente cierto lugar, por justos motivos que no puedo nombrar, empecé a pedir al ángel que se contuviera por algún tiempo y el mundo haría penitencia. Pero *mi súplica era nada comparada con la ira de Dios*. En aquel momento vi a la Santísima Trinidad. La grandeza de su Majestad me penetró profundamente y no me atrevía a repetir la plegaria. En aquel mismo instante *sentí en mi alma la fuerza de la gracia de Jesús* que mora en mi alma; al darme cuenta de esta

* Este trabajo lo terminé el día 3 de abril de 2016, domingo *in albis* y fiesta de la Divina Misericordia de aquel año que había sido proclamado por el Papa como Jubileo de la Misericordia. Para esta edición he corregido algunas expresiones en base a sugerencias que me hicieron quienes lo leyeron por entonces; y he unificado el formato de las notas según el estilo de esta colección «sanjuanista».

gracia, en el mismo momento *fui raptada delante del trono de Dios*. [...] Me puse a rogar a Dios por el mundo con las palabras que oí dentro de mí. Cuando así rezaba, *vi la impotencia del ángel que no podía cumplir el justo castigo* que correspondía por los pecados. Nunca antes había *rogado con tal potencia interior* como entonces. [...] A la mañana siguiente, cuando entré en nuestra capilla, oí esta voz interior: Cuantas veces entres en la capilla, reza en seguida esta oración que te enseñé ayer. Cuando recé esta plegaria, oí en el alma estas palabras: Esta oración es *para aplacar Mi ira*, la rezarás durante nueve días con un rosario común, de modo siguiente: primero rezarás una vez el Padre nuestro y el Ave María y el Credo, después, en las cuentas correspondientes al Padre nuestro, dirás las siguientes palabras: Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como propiciación de nuestros pecados y los del mundo entero; en las cuentas del Ave María, dirás las siguientes palabras: Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Para terminar, dirás tres veces estas palabras: *Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero*¹.

Esta última plegaria manifestada a la santa en su visión («*Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero*») es un Trisagio trinitario que puede considerarse un eco del que oyó el profeta Isaías clamar-se, el uno al otro, a los Serafines en el Templo: «Sanctus,

¹ SANTA MARÍA FAUSTINA KOWALSKA, *Diario. La Divina Misericordia en mi alma*, Ed. Levántate, Granada 2003, 218-219.

sanctus, sanctus Dominus, Deus exercituum; plena est omnis terra gloria eius» (Is 6, 3).

Así lo entendía, por ejemplo, el obispo san Antonio María Claret, el cual en su *Camino recto* recoge, además, el origen histórico de la oración que décadas después oyó cantar sor Faustina en su arrebató. El relato que toma Claret de la tradición tiene similitudes con lo que sucedió a la vidente de la Misericordia: se remonta al siglo V y a la ciudad de Constantinopla, en época de controversias trinitarias; participan en él el emperador Teodosio II y el Patriarca san Proclo; y trata de un niño que fue elevado a los cielos en medio de terremotos y otras catástrofes que castigaban a la Capital oriental del Imperio; después «de largo rato descendió a la tierra del mismo modo que había sido arrebatado al cielo, y luego puesto en presencia del Patriarca, del Emperador y de toda la multitud pasmada, contó cómo siendo admitido en los coros celestiales, oyó cantar a los Ángeles estas palabras: *Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, tened misericordia de nosotros*; y cómo se le había mandado poner esta visión en conocimiento de todos los allí reunidos. Dichas estas palabras por el niño, murió»; y quienes asistieron al milagro pusieron en práctica inmediatamente su encargo, con lo que cesaron las calamidades. Desde entonces, acaba Claret, el Trisagio es reputado «como un escudo impenetrable contra todos los males que Dios envía a la tierra en castigo de nuestros pecados»².

² Este es el texto completo de la narración: «No es invención del ingenio humano el santísimo Trisagio, sino obra del mismo Dios, que lo inspiró al profeta Isaías, cuando oyó como lo cantaban los Serafines para enaltecer la gloria del Criador.

En la escuela de los mismos Serafines y demás coros celestiales fue donde lo aprendió milagrosamente aquel niño que, a la manera de san Pablo, fue arrebatado al cielo, como nos lo refieren las historias eclesiásticas. En el año 447, y siendo Teodosio el Joven emperador de Oriente, se experimentó un terremoto casi universal, muy violento, y que por su duración y espantosos estragos se hizo el más notable de cuantos hasta entonces se habían visto. Fueron incalculables los daños que seis meses de sacudimientos casi continuos causaron en los más suntuosos edificios de Constantinopla y en toda la famosa muralla del Quersoneso. Se abrió la tierra en muchos puntos, y quedaron sepultadas en sus entrañas ciudades enteras; secáronse las fuentes, y manifestábanse otras nuevas; y era tal la violencia de los sacudimientos, que arrancaban árboles muy corpulentos, aparecían montañas donde había antes llanuras, y profundas concavidades donde antes había montañas. El mar arrojaba a la playa peces de gran magnitud; y las playas y los barcos se quedaban sin aguas, que iban a inundar grandes islas.

En semejante conflicto se creyó prudente abandonar las poblaciones, y así lo hicieron los moradores de Constantinopla con el emperador Teodosio, su hermana Pulqueria, san Proclo, patriarca entonces de aquella iglesia, y todo su clero. Reunidos en un paraje llamado el *Campo*, dirigían al cielo fervorosas súplicas y grandes clamores, pidiendo socorro en necesidad tan apurada: cuando un día entre ocho y nueve de la mañana fue tan extraordinario el sacudimiento que dio la tierra, que faltó poco para que no causase los mismos estragos que el diluvio universal. A este susto sucedió la admiración del prodigio siguiente: Un niño de pocos años fue arrebatado por los aires a la vista de todos los del *Campo*, que le vieron subir hasta perderlo de vista. Después de largo rato descendió a la tierra del mismo modo que había sido arrebatado al cielo, y luego puesto en presencia del Patriarca, del Emperador y de toda la multitud pasmada, contó cómo siendo admitido en los coros celestiales, oyó cantar a los Ángeles estas palabras: *Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, tened misericordia de nosotros*, y cómo se le había mandado poner esta visión en conocimiento de todos los allí reunidos. Dichas estas palabras por el niño, murió.

San Proclo y el Emperador, oída esta relación, mandaron unánimemente que todos entonasen en público este sagrado cántico, e inmediatamente cesó el terremoto y quedó quieta toda la tierra. De aquí provino el uso del Trisagio, que el concilio general Calcedonense prescribió a todos los fieles como un formulario para invocar a la santísima Trinidad en tiempos funestos y de calamidades; de aquí ha venido el merecer la aprobación de tantos prelados de la Iglesia, que han apoyado su práctica, enriqueciéndola con el tesoro de las indulgencias; y de aquí, finalmente, ha venido que se haya puesto en método, impreso y reimpresso tantas veces, siempre con universal aplauso y aceptación de todos,teniéndolo como un escudo impenetrable contra todos

A pocos años de aquel milagroso suceso, el Concilio de Calcedonia (451) –según testimonia el propio Claret– recomendó la devoción a este Trisagio y fueron muchos los cristianos (y especialmente muchos los santos) que acudieron durante siglos a él, fundando su recurso en ese misterioso poder que la aclamación parece adquirir de frente a la mano vengadora del ángel de Dios. Es una oración breve que da, en cierta manera, la posibilidad de detener el castigo merecido, y por tanto un grito confiado de misericordia, un reclamo de piedad divina, un canto seráfico que jamás se interrumpe en los coros celestiales, un testimonio de cielo que, reproducido sobre la tierra, pone definitivamente a Dios y a su Poder de nuestra parte.

El texto de la revelación de santa Faustina remarca este poder que compasivamente participa Dios al hombre, para que se haga fuerte delante de Sí mismo. Y explicita esta idea con el recurso a nuevas oraciones, de aprendizaje también sobrenatural, que completan el Trisagio con un fuerte matiz cristológico: el ofrecimiento al Padre de «todo» Cristo y el recurso a su Pasión como argumento decisivo para alcanzar el perdón de nuestra culpa. Cristo se presenta así como la obra maestra de la Misericordia de Dios Trino para con el hombre, y la cruz es la hazaña de su compasión infinita. Decía, en efecto, san Juan Pablo II que «la cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y to-

los males que Dios envía a la tierra en castigo de nuestros pecados» (SAN ANTONIO MARÍA CLARET, *Camino recto y seguro para llegar al cielo*, Librería religiosa, Barcelona 1862, 165-167).

do lo que el hombre –de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos– llama su infeliz destino»³.

La Iglesia lo ha enseñado por medio de la liturgia. El canto del Trisagio, de hecho, se conserva justamente para la Veneración de la cruz del Viernes santo, alternado con los *Improperios* y en texto griego y latino⁴. Y pude juzgarse en este sentido también la incorporación, al final del canto del Trisagio bíblico (*Sanctus*), en la celebración eucarística, de aquel clamor de los judíos que salían al encuentro de Cristo cuando entraba en Jerusalén: «Hosanna, benedictus qui venit in nomine Domini, rex Israel» (Jn 12, 13). Este canto que repetimos diariamente no solamente nos recuerda el misterio de misericordia que es la presencia de Jesucristo en el mundo, sino que nos pone ya en la perspectiva de la cruz y de la Pasión del Señor, que comienza a vivir desde que entra en la ciudad de sus enemigos (cf. Lc 9, 31. 51). Nos pone en la perspectiva, podemos decir, del misterio de la fragilidad de Dios, de su debilidad asumida como condición para el suceso definitivo de su Misericordia que es su muerte.

³ SAN JUAN PABLO II, Carta enc. *Dives in misericordia*, 30 de noviembre de 1980, 8 [ed. cit.: San Pablo, Madrid 1980, 40].

⁴ Se puede ver en el *Missale romanum. Editio typica tertia emmendata*, Typis vaticanis, 2008, 325-326. El *Trisagio* forma parte también de las liturgias orientales, por ejemplo, de la bizantina ucraniana.

Respecto de su uso en la liturgia latina dice el CARD. SCHUSTER: «El cantar este Trisagio durante la adoración de la Cruz reviste un alto significado, por ser la muerte de Jesús el acto de perfecta adoración de la Trinidad augusta llevado a efecto por el Pontífice de la Nueva Alianza. El carácter expiatorio del Calvario, la divinidad de la víctima sacrificada y anonadada por los pecados del mundo, tributaron los supremos honores que se debían a la infinita santidad de Dios, a su omnipotencia y a su eterno ser» (*Liber sacramentorum*, t. III, 243. Cit. en SAKSONOFF, GERMÁN, «Un Trisagio de adoración»; en *La hora de la misericordia* [octubre 2014]).

«Porque aunque *fue crucificado en su debilidad*, vive por el poder de Dios» (2Cor 13, 4), para que nosotros, «débiles en Él», seamos en Él fortalecidos... «que no es débil para con vosotros, sino fuerte en vosotros» (13, 3). Así la flaqueza tomada por Cristo se hace poder, se vuelve nuestra fuerza ante la mano de Dios pronta a matarnos por nuestros delitos. La debilidad de Cristo es nuestra baza en el juicio de Dios, el crédito que el mismo Dios, desde su seno y desde su Trono, entre los ángeles que lo glorifican, ha querido darnos como testimonio de su perdón y participación de su Victoria:

«En el misterio pascual es superado el límite del mal múltiple, del que se hace partícipe el hombre en su existencia terrena: la cruz de Cristo, en efecto, nos hace comprender las raíces más profundas del mal que ahondan en el pecado y en la muerte; y así la cruz se convierte en un signo eschatológico. Solamente en el cumplimiento eschatológico y en la renovación definitiva del mundo, *el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal*, dando como fruto plenamente maduro el reino de la vida, de la santidad y de la inmortalidad gloriosa. El fundamento de tal cumplimiento eschatológico está encerrado ya en la cruz de Cristo y en su muerte»⁵.

Jesucristo vuelto frágil y hecho nada [«gusano» y «desecho» le dice el rey David (Sal 22, 7); el profeta Isaías lo llama «digno de desprecio» (53, 3); el Apóstol san Pablo se atreve a decir que «se hizo maldición» (Gal 3, 13)⁶; y san

⁵ S. JUAN PABLO II, Carta enc. *Dives in misericordia*, 8 [40-41].

⁶ Sobre esta delicada expresión paulina me hizo notar uno de mis buenos maestros, doctor en Exégesis, cómo san Pablo elude aplicar a Cristo el adje-

Juan, por su parte, lo compara con un cordero entregado al sacrificio y a medio degollar (Ap 5, 6)] recibe en la Cruz toda la justicia del Padre para con los pecados de los hombres, y así vence en ellos (en nosotros) y nos fortalece delante del mismo Dios que, a su vista, nos perdona, en mérito de su

tivo calificativo «maldito», presente en la cita que allí mismo reporta del Antiguo Testamento: «maldito el que cuelga de un madero». Al contrario, dice de Él que «se hizo por nosotros maldición» (*factus pro nobis maledictum*), para evitar de ese modo el cualificar internamente al sujeto Cristo. El mismo recurso hay, por ejemplo, en 2Cor 5, 21: «A Quién no conoció el pecado, *lo hizo pecado por nosotros*» (*Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit*). No aplica a Cristo el predicado «pecador», sino «pecado». Este tipo de atribución (de un sustantivo en vez de un adjetivo) da como resultado dos cosas: por un lado, la atribución es menos intrínseca (Cristo no fue «maldito» ni «pecador»), pero por otro lado es más fuerte, porque indica una mayor plenitud (mientras el sustantivo *per se* no admite grados, el adjetivo sí los admite). Por eso es más fuerte decir «lo hizo pecado», como diciendo: «el mismo pecado» o «todo el pecado»; pero al mismo tiempo la atribución, gramaticalmente hablando, es menos intrínseca. Lo mismo vale para «se hizo maldición».

En cuanto al pasaje de 2Cor 5, 18-21, allí san Pablo define, en cierto sentido, la relación entre el pecado y Cristo, hablando en el contexto de nuestra reconciliación con Dios por Él y por su muerte. Y nos exhorta a reconciliarnos nosotros con Dios, haciendo uso de la reconciliación ya hecha por Cristo, lo cual nos muestra en qué manera la debilidad asumida por Él es nuestra fuerza. Comenta santo Tomás: «Os rogamos, por Cristo», es decir, por el amor de Cristo, «que os reconciliéis con Dios». Esto parece ser contrario a lo dicho apenas: que Dios nos reconcilió consigo. Pues, si Dios mismo nos reconcilió, ¿cuál es la necesidad de que nos reconciliemos? Ya estamos reconciliados. A lo que hay que decir que Dios nos reconcilió consigo, en cuanto causa eficiente, de parte suya, pero, para que esa reconciliación nos sea meritoria, es preciso que se haga también de parte nuestra, lo cual se da por el bautismo y la penitencia, que nos libran del pecado. De aquí que nos sea dada en cierto modo la facultad de reconciliarnos nosotros con Dios, en cuanto tenemos la potestad de vivir en la justicia, por la cual podemos evitar el pecado, y de esta manera, reconciliarnos con Dios. Y por eso dice lo que sigue: «A Quién no conoció el pecado...». Como si dijera: bien podéis reconciliarnos, porque Dios, es decir el Padre, «a Quién no conoció el pecado», es decir a Cristo [...], «lo hizo pecado por nosotros» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. II Ep. B. Pauli ad corinthios lect.*, c. 5, l. V).

inmolación y por nuestra incorporación a su sacrificio («...a no ser que estéis reprobados» –2Cor 13, 5). Y al mismo tiempo abre una dimensión nueva de nuestra caridad que es la misericordia para con Él, a tal punto reducido y anonadado que admite nuestra compasión. Para Juan Pablo II esta misericordia de que se hace sujeto Jesucristo es el origen y la seña distintiva de toda misericordia que, como auténticos cristianos, podamos tenernos entre nosotros:

«Cristo, en cuanto crucificado, es el Verbo que no pasa [Cf. Mt 24, 35]; es el que está a la puerta y llama al Corazón de todo hombre [Cf. Ap 3, 20], sin coartar su libertad, tratando de sacar de esa misma libertad el amor que es no solamente un acto de solidaridad con el Hijo del hombre que sufre, sino también, en cierto modo, “misericordia” manifestada por cada uno de nosotros al Hijo del Padre eterno. En este programa mesiánico de Cristo, en toda la revelación de la misericordia mediante la cruz, ¿cabe quizás la posibilidad de que sea mayormente respetada y elevada la dignidad del hombre, dado que él, experimentando la misericordia, es también en cierto sentido el que “manifiesta contemporáneamente la misericordia”?

En definitiva, ¿no toma quizás Cristo tal posición respecto al hombre, cuando dice “cada vez que habéis hecho estas cosas a uno de éstos..., *lo habéis hecho a mí*” [Mt 25, 40]»?⁷.

Por eso Cristo *nos exige*, en su debilidad, en su agonía hasta el fin de los tiempos, un remedio. Y es Él mismo nuestro remedio. Por eso «en los pobres mendiga nuestra

⁷ S. JUAN PABLO II, Carta enc. *Dives in misericordia*, 8 [41-42].

conversión»⁸, y en los pecadores, y ante cada situación de pecado y estructura de pecado, está Él reclamando nuestra fidelidad, «para que podamos consolar nosotros a todos los atribulados con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios» (2Cor 1, 4). Y es entonces que ese Jesucristo tan frágil en el Calvario y en la cruz, agiganta su figura; es allí que revela toda la fecundidad que encierra en su ofrenda, toda la heroicidad y la fortaleza en que ha florecido a lo largo de dos milenios y que se revela potencialmente infinita, hasta el día grande de su Victoria total... el día en que el Cordero mansísimo y silencioso, el despreciado y maldecido, el desecho y el retal de los grandes de este mundo, se mostrará que es, en Verdad, Dios Fuerte, y vencerá a quienes lucharon contra Él (cf. Ap 17, 14), a los cuales será mejor buscarse algún ilusorio refugio de su cólera santa (cf. 6, 16), de su juicio y del «ardor vindicativo del fuego que devora a los enemigos» (Heb 10, 27), porque «terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo» (10, 31)⁹.

⁸ PAPA FRANCISCO, *Mensaje para la Cuaresma del año de la Misericordia*, 4 de octubre de 2015, 3.

⁹ «Jesús les respondió: ¿No habéis leído alguna vez en las Escrituras: “*La piedra que los edificadores habían rechazado, ésa fue hecha cabeza de esquina*”; del Señor viene esto, y es admirable a nuestros ojos”? Por eso os digo que os será quitado el reino de Dios y será entregado a un pueblo que rinda sus frutos. *Y el que cayere sobre esta piedra se quebrantará, y aquel sobre quien cayere será pulverizado*» (Mt 21, 42-44).

A manera de dos presupuestos

De lo dicho en la Introducción creo que podemos extraer, a manera de conclusiones, dos ideas fundamentales respecto de la caridad y el desarrollo de la gracia en cada uno de nosotros:

- la primera es que la misericordia, para que sea verdaderamente *cristiana* (utilizando este adjetivo como propiedad específica), ha de ser siempre *crucificada*, porque así fue la Misericordia de Dios para con nosotros: crucificada. Esto quiere decir que el ejercicio de la misericordia tiene que representarnos a nosotros la muerte (muerte a nosotros mismos, y a las personas a las que buscamos remediar, y a las que nos remedian, y a todo lo que no sea Dios);

- la segunda idea es en la misma línea, ahondando todavía, y es ésta: que no hay mayor acto de Misericordia que Dios pueda hacer a un alma que aquel de hacerla morir, poniendo en su vida la cruz, la cruz de Jesucristo, por medio de todo tipo de sufrimientos, físicos y espirituales. Y que por tanto es preciso a nosotros aprender a desear la cumbre del Calvario por sobre todo otro deseo, y a no rehuirla en ninguna manera; y a gozarnos en ella y a temer su ausencia, porque nos significaría la ausencia del mismo Dios.

Son estas, a su vez, dos ideas netamente sanjuanistas, y en la línea del ejemplo y la doctrina de san Juan de la Cruz se puede intentar profundizarlas y aclararlas, si se quiere aún más, o quizás más radicalmente.

I

LA ESCUELA DOMÉSTICA DEL AMOR SACRIFICADO

Conocía san Juan de la Cruz, hay que señalarlo, el Trisagio y su historia, que hemos utilizado aquí como disparador. Lo entendía, además, en el mismo sentido en que se explicó arriba, y recomendaba su recurso no solamente para el alivio y custodia de posibles males extraños al hombre, sino también para los que lo afectan directamente, en el cuerpo y en el alma. Se recoge así en los *Dictámenes de espíritu*:

«Y queriendo la Majestad divina por medio de una crudelísima tempestad destruir y acabar la ciudad de Constantinopla, oyeron a los ángeles repetir tres veces estas palabras: *Santo Dios, Santo Fuerte, Dios Inmortal; apiádate de nosotros*. Con las cuales súplicas luego se aplacó Dios, y cesó la tempestad que había hecho mucho daño y le amenazaba mayor.

Y así decía [san Juan de la Cruz] que son estas *palabras poderosas para con Dios* en necesidades particulares de fuego, agua, vientos, tempestades, guerra, y otras de alma y cuerpo, honra, hacienda, etc.»¹⁰.

¹⁰ FR. ELISEO DE LOS MÁRTIRES, *Dictámenes de espíritu*, 8. Texto completo en Apéndice 1 a *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1955, 1333-1342: «Estos dictámenes son frases o pensamientos selectos sacados de los procesos de canonización del Santo». El p. Eliseo de los Mártires fue religioso carmelita de gran virtud, superior de la Reforma en Méjico hasta su muerte; conoció personalmente a Juan de la Cruz y, según él mismo testifica, lo comunicó «muchas y diversas veces», dejando como legado de este trato

Apenas hay variaciones en las palabras de la oración seráfica, tal como las transmitía Juan de la Cruz, el cual las considera –a mí me sorprende la expresión– «poderosas para con Dios». Asimismo amplía su efecto placativo a una gran variedad de necesidades, como se dijo, revelando de alguna manera, una vena importante de su alma, que consiste (al decir de sus biógrafos Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink) en un «desdoblamiento» de su vida interior hacia fuera, para remediar y socorrer al prójimo en cualquier debilidad:

«...a lo largo de su vida –con ser hombre retraído, como si no mirase sino dentro de sí–, se le iban los ojos hacia toda necesidad que pidiese remedio [...] Tan embebido como andaba siempre en Dios, a la primera ocasión de hacer caridad se volcaba como si se desdoblase y fuese otro»¹¹.

La delicada conciencia que el corazón del santo tenía de la miseria temporal y espiritual de los hombres, asumida como propia, y remediada como propia, se fundaba, como se dirá más adelante, no en una apertura o perspicacia natural particular [o en una «luz» diferente que irradiase, como insulsamente se acostumbra a decir hoy], sino en una expe-

una descripción física y humana muy completa del santo, y estos *Dictámenes*, que son un documento de gran valor para asomarnos en su alma.

Quizás al uso de esta oración pueda atribuirse lo que sigue: «Aluden también los historiadores al don que tenía el santo de deshacer todo género de tormentas. En apareciendo un mal nublado, con una cruz en la mano, cuarteaba la nube y la ahuyentaba. En su tiempo no cayó piedra ni rayo en los términos de Segovia, y lo atribuían a su presencia» (EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS-STEGGINK, OTGER, *Tiempo y vida de San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1992, 762).

¹¹ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 104.

riencia personal y profunda de la cruz de nuestro Señor. Una experiencia sobrenatural, pero no por eso extraordinaria, sino a la mano de cualquier cristiano que adquiriera, con la ayuda del Espíritu Santo, que no falta, las mismas disposiciones de muerte y de renuncia¹². Pero también hay que observar la educación que en este sentido tuvo el santo en el seno de su familia, en ese «ambiente de pobreza y trabajo»¹³ en el que no faltaba un sacrificio más para el socorro de quien aún tenía menos (es decir, que se vivían la pobreza y el trabajo cristianamente):

«La Providencia otorgaba al niño [Juan de Yepes] el manto real con que vistió al mismo Cristo al venir a este mundo, la santa pobreza. Santa porque, *unida al respeto de la ley de Dios*, es por excelencia una escuela de valor y de

¹² Señala GARRIGOU-LAGRANGE que los «dones del Espíritu Santo manifiéstanse por lo demás con extrema variedad en el mundo de las almas, según las circunstancias en que Dios las conduce, según su misión. En unos se echan de ver más pronto los dones intelectuales; en otros los de temor, piedad y fortaleza; su juego es infinitamente matizado. El mismo don reviste formas diversas según los santos. En unos, como en un San Agustín, la sabiduría aparece sobre todo bajo una forma contemplativa; en otros, como en un San Vicente de Paúl, bajo una forma práctica completamente orientada hacia las obras de misericordia. A los primeros el Espíritu les concede la gracia de penetrar de manera sabrosa en las profundidades de Dios y de expresarlas espléndidamente; a los otros les hace ver como en una luz difusa los miembros dolientes de Cristo y el medio de trabajar eficazmente en su salvación» («Prefacio»; en PHILIPON, M. M., OP, *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1960, 12-13). No creo infundado decir que en san Juan de la Cruz ambas manifestaciones se aliaron como en pocos santos de la historia de la Iglesia.

¹³ CRISÓGONO DE JESÚS, «Vida de San Juan de la Cruz»; en *Vida y obras...*, 28.

humildad, de desasimiento, y asegura ya en la tierra la posesión del Reino de los cielos»¹⁴.

Sus padres se casaron con gran penuria material¹⁵. Gonzalo de Yepes, de quien Juan «había recibido las nobles cualidades de la España caballeresca»¹⁶, fue desheredado de linaje y riquezas por su familia al unirse en matrimonio con Catalina Álvarez, la madre del santo. Afincados en el pueblo castellano de Fontiveros por la caridad de una señora viuda, dueña de un telar, tuvieron allí tres hijos: Francisco, Luis y Juan, a poco de nacer el último de los cuáles «una dolorosa enfermedad, que dura dos años, consume, a la vez que los minúsculos ahorros del hogar, la existencia del padre», que muere «agotado por largos y terribles dolores»¹⁷. Catalina muestra entonces todo lo que vale como madre, es decir, muestra a cuánto es capaz de renunciar por el bien de sus hijos:

«El valor, la dignidad y la entereza de la joven viuda se puso a prueba hasta el heroísmo. Los tres niños tenían que comer a su costa, y los recursos se habían agotado: los ahorros exhaustos, sin hacer cálculos ante la necesidad de

¹⁴ MARÍA-EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Juan de la Cruz. Presencia de luz*, EDE, Madrid 2003, 58-59; trad. de Juan Montero.

¹⁵ Sobre el fin de su vida, estando aún el santo como prior en Segovia, a él y su hermano Francisco les sucedió lo que sigue: «estando los dos hermanos juntos, se les apareció su dichosa madre. Dioles cuenta de la mucha gloria que poseía, y díjoles cómo su padre había dejado parientes, hacienda y regalo por casarse con ella. Respondióla el santo Padre Fr. Juan cómo había sido orden de nuestro Señor, para que de tal matrimonio tuviese dos hijos la Iglesia» (VELASCO, J., *Vida y virtudes del venerable varón Francisco de Yepes*, l. 1, c. 8. Cit. en EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 542).

¹⁶ M.-EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Juan de la Cruz...*, 58.

¹⁷ CRISÓGONO, «Vida», 28.

su marido enfermo, el telar parado y los tejidos sin salida»¹⁸.

Emprendió entonces una peregrinación por los caminos del Reino de Castilla, tratando de encontrar en los parientes de su esposo un auxilio y posición para sus hijos. Juan, el más pequeño, «no tendría» —como señala el p. Crisógono— «por estas fechas, a mucho echar, los tres años cumplidos»¹⁹. Viajaba pues, en los brazos de su madre²⁰. En Toledo deja a Francisco con un tío que lo acoge generosamente pero el respiro dura una temporada, tras la que el muchacho retorna a Fontiveros donde la madre le enseña a tejer en su taller, oficio que conservará durante su vida. «Catalina lucha heroicamente por defender su hogar de la miseria, pero no lo

¹⁸ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 55.

¹⁹ «Vida», 30.

²⁰ De la fortaleza y seguridad que halló en aquellos brazos maternales podemos ver una reminiscencia en sus escritos, por ejemplo en pasajes como éste: «Y ya que en fin, Nuestro Señor las favorezca tanto, que sin eso y sin esotro las haga pasar, llegan muy tarde y con más trabajo y con menos merecimiento, por no haber acomodádose ellas a Dios, dejándose poner libremente en el puro y cierto camino de la unión. Porque, aunque es verdad que Dios las lleva —que puede llevarlas sin ellas—, no se dejan ellas llevar, y así camínase menos, resistiendo ellas al que las lleva, y no merecen tanto, pues no aplican la voluntad y en eso mismo padecen más. Porque hay almas que en vez de dejarse a Dios y ayudarse, antes estorban a Dios por su indiscreto obrar o repugnan, hechas semejantes a los niños que, queriendo sus madres llevarlos en brazos, ellos van pateando y llorando, porfiando por se ir ellos por su pie, para que no se pueda andar nada, y si se anduviere sea al paso del niño» (*Subida del Monte Carmelo*, Pról., 3. En *San Juan de la Cruz. Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2007-2ª reimpr., 155).

Imágenes similares y complementarias pueden hallarse en: *Noche oscura*, libro I, cap. 1, 2 (1N 1, 2) [*Obras*, 541]; 8, 3 [562-563]; 12, 1 [576-577]; *Llama de amor viva* (2ª red.), canción 3, 66-67 (3Ll 66-67) [1100-1101], *Carta a la M. Ana de San Alberto*, 1582 [1299].

gra más que prolongar el hambre de sus hijos»²¹ y el medio de los tres, Luis, baja al sepulcro prematuramente, añadiendo dolor sobre dolor en aquel corazón de madre cristiana.

Habría que dedicar un estudio aparte para recabar adecuadamente cuántos fueron los trabajos con que Dios probó el alma de esta mujer fuerte, quizás como prenda por el don de un hijo santo, y ciertamente como motivo de merecimiento de «mucha gloria» y como escuela de la cruz cualificada para ese pequeñajo al que los siglos reconocerían como el *Doctor de la perfecta abnegación*. Esa imagen sacrificada de su madre, que él «llevaba como esculpida en su corazón en una simbiosis inefable»²² desde aquellos primeros años de su vida, fue para Juan de una fuerza extraordinaria, porque lo hizo *un convencido del sacrificio y del deber de la caridad*, y de manera especial, *de cuánto crucifica al alma el ejercicio auténticamente cristiano del amor y de la misericordia*. Y él, que había tomado de su padre al nacer el apellido Yepes, de noble abolengo pero desprovisto ya de valor social; tomó luego del ejemplo de su madre el nombre de Juan de la Cruz, nombre de gracia y de entrega, que fructificado en penas le reportó como valor «un peso eterno de gloria incalculable» (2Cor 4, 17).

Trasladado el grupo familiar desde Fontiveros primero a Arévalo y posteriormente a Medina del Campo, ciudad comercial y de mayores posibilidades para ellos, tejedores pobres, pudo Catalina lograr para los suyos una relativa es-

²¹ CRISÓGONO, «Vida», 32.

²² EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 542.

tabilidad²³. Francisco, hecho ya un hombre, y tras unos años de adolescencia ligera, experimentó una fuerte conversión, se casó y fue un puntal para su madre, además de lograr con el fruto de su trabajo la posibilidad para su hermano Juan, doce años menor, de poder estudiar y formarse adecuadamente. La caridad a que se consagró este hermano mayor fue un modelo que no iba en zaga al que proponía Catalina. José de Velasco, biógrafo de Francisco de Yepes relata al respecto:

«Acudía a los hospitales y allí regalaba a los pobres, hacía la cama y barría los aposentos. Si topaba algunos pobres, de día o de noche, los recogía y los hacía acomodar en algún hospital, y algunas veces los llevaba a su casa. Los que morían en los hospitales o fuera, los ayudaba a enterrar, y pedía limosna para decirles misas y otros gastos que se ofrecían.

A los enfermos pobres que estaban en sus casas procuraba de limosna botica y otras cosas necesarias. También alcanzaba su caridad a los pobres de la cárcel, a quienes socorría con algunas limosnas que allegaba. En tiempo de fríos y nieves salía algunas noches con una linternilla a buscar por los portales y debajo de las mesas de las plazas a los pobres que se quedaban allí echados, para llevarlos al hospital, y algunas veces los llevaba a cuestras; y si no podía negociar que los recibieran, por ser tarde, los lle-

²³ «La salida de Fontiveros tiene que ser, por fuerza, muy penosa para la madre. Ha vivido allí unos veinte años, los mejores de su vida: su mocedad, sus relaciones con Gonzalo, la boda, el hogar naciente... Y todo queda allí. Deja la casita donde nacieron sus hijos, el telar, sobre todo los despojos de su marido muerto...» (CRISÓGONO, «Vida», 32-33).

vaba a su casa, porque no pudiesen de frío, y de su pobre cena y ropa partía con ellos»²⁴.

A Efrén-Steggink les parece «impensable» que Juan «no tomase parte en todo esto»²⁵. Son estos biógrafos los que nos pintan este recuadro de caridad familiar, correspondiente a aquellos días:

«En Medina, la casa de los Yepes-Álvarez reforzada con la presencia de Ana Izquierdo [mujer de Francisco, que «era en todo su aliada incondicional»²⁶], en la antigua calle de Santiago, cerca del Hospital, parecía una sucursal de éste. La opulenta ciudad de Medina ofrecía un espectáculo desgarrador con sus niños expósitos a la puerta de las iglesias. Los Yepes *se sentían obligados a cuidar de ellos y a cristianarlos*»²⁷.

En este ámbito de caridad y de fe, y de renunciaciones, el hermano pequeño iba forjando su alma, con un claro ideal de la santidad y ese convencimiento que antes se dijo, de la necesidad perentoria y personal de poner remedio a los males y daños que pueden aquejar a los prójimos, aun cuando éste remedio costase sacrificios. Para él, «tan sujeto a privaciones desde que nació»²⁸, «sólo existía una vida al servicio de Dios, y *el servicio de Dios incluía primordialmente toda obra*

²⁴ VELASCO, *Vida y virtudes...*, l. 1, c. 5.

²⁵ *Tiempo y vida...*, 105.

²⁶ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 80.

²⁷ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 105.

²⁸ CRISÓGONO, «Vida», 37.

de caridad, y lo hacía con los enfermos tal cual lo había visto hacer a su madre y a su hermano Francisco»²⁹.

Crecido y hecho casi un joven [contaba 12 años], acabados ya sus primeros tiempos de estudio entre los niños del Colegio de la Doctrina, entró Juan de Yepes a trabajar como enfermero en el Hospital de Nuestra Señora de la Concepción, popularmente conocido como el «de las bubas», acordado desde su fundación para la atención de pobres con enfermedades contagiosas vergonzantes³⁰. Durante todo el tiempo en que cumplió tareas al servicio de aquellos enfermos (tareas que alternó con el estudio de Humanidades en el Colegio de la Compañía de Jesús), dejó ver, en su dedicación y negación de sí, *cuán suya consideraba la indigencia ajena, o mejor cuán de Jesucristo*, único objeto de sus atenciones. Y si «no me creéis a mí, creed a las obras» (cf. Jn 10, 38):

«Un triple quehacer ocupa las horas del adolescente Juan de Yepes en el Hospital: el oficio de enfermero, el de colector de limosnas para los pobres del Hospital y el estudio. [...] le ven *moverse solícito, atendiendo cariñosamente a los enfermos en servicios humildes, lleno de caridad y de paciencia*. Con ello se gana el cariño del administrador y demás personas del Hospital, que admiran su virtud [...] busca coyuntura para entregarse al estudio sin abandonar sus obligaciones, y piensa en la noche, cuando ya ha cumplido sus deberes, cuando nadie necesitará ya de él, cuando, retirados todos, se le autoriza a descansar. Entonces enciende una candileja y se va a estudiar entre las tinadas

²⁹ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 104-105.

³⁰ Cf. CRISÓGONO, «Vida», 44-45.

de manojos. Allí le sorprenden algunas veces después de haberle buscado inútilmente por las dependencias del Hospital»³¹.

«En este Hospital estudió Gramática, Retórica y cursos de Arte, en todo lo cual salió aventajado; pero mucho más en el estudio de la oración y los demás devotos ejercicios, como también la luz y mercedes que de Nuestro Señor recibía. [...] siempre ocupado en cosas de culto divino, *en el piadoso ministerio de servir a los pobres y con piadosas razones alentarlos a paciencia en sus males* y a otros *a que acabasen en gracia sus vidas, ayudándoles a bien morir*, pasando en esto en vela las noches enteras. [...] Por lo cual era muy amado y con benevolencia tratado, así del Administrador del Hospital como de los demás de él. Y así comenzaban a tratar de que, en llegando a edad para ordenarse, le diesen la Capellanía del Hospital, pensando ayudar no poco al bien de aquella casa cargando sobre él la parte espiritual y parte de la temporal de ella»³².

«En este Hospital comenzó a dar mayores muestras de su virtud, con la ocasión que tenía de ejercitarla en acudir a los enfermos, a quien servía *con el amor y puntualidad que si en cada uno dellos viera doliente al mismo Dios*. No se hurtaba en este ministerio a desvelo alguno, al sueño sí muchas veces; ni le dolía su cansancio y trabajo, sino

³¹ CRISÓGONO, «Vida», 45-46.

³² ALONSO DE LA MADRE DE DIOS, *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fray Juan de la Cruz*, EDE, Madrid 1989, 49-51. La edición es moderna (del P. Fortunato Antolín) pero el texto es de 1625; su autor era entonces el postulador de la Causa de canonización de san Juan de la Cruz, a quien conoció personalmente en Segovia.

solo el de sus pobres enfermos, a los cuales curaba, y regalaba con diligencia, y ternura extraordinaria. Allí le comenzó nuestro Señor a descubrir las ricas minas de la Caridad, y él a enriquecerse con el tesoro della, en cuyo ejercicio hallaba el aumento de las demás virtudes. Aprendió allí a compadecerse del pobre doliente, caído en una cama, cuyo único alivio, y consuelo todo cuelga de quien cuida dél. *Abrazábase, para aliviarlos, con los flacos; alentaba a los descaecidos, tenía compañía a los solos, alegraba y entretenía a los tristes*, y acudía con suma puntualidad y vigilancia a las necesidades de todos, sin dar lugar a que en su olvido, o descuido ejercitase alguno la paciencia, para que así la emplease toda en sufrir los dolores, y pena de su enfermedad»³³.

«Los dos hermanos corrían a la par en el mismo camino: Francisco en el telar y la caridad con los pobres; Juan en los estudios y la caridad en el Hospital. A las órdenes del administrador, el buen enfermero *asistía a los contagiosos con total dedicación*, al mismo tiempo que sorbía el tiempo para seguir sus estudios de Gramática. Así continuaría hasta sus veintidós años [...] su dedicación a los enfermos y pobres vergonzantes, cuando podía haberse limitado a lo convenido con el administrador del Hospital, denota que no era menos apasionado que Francisco en la caridad con los enfermos. A los dos les salía del alma aquella dedicación, que podía calificarse de “pasión por lo heroico”. Las medianías no cabían en su alma. *Lo*

³³ JERÓNIMO DE SAN JOSÉ, *Historia del Venerable Padre Fr. Juan de la Cruz, primer descalzo carmelita*, por Diego Díaz de la Carrera, Madrid 1641, 23-24 (I, 4, 3).

daba todo en todo, para encontrarlo todo en Dios, a quien en todo buscaba. Se entregó al alivio de los enfermos más repulsivos, víctimas generalmente de enfermedades venéreas, tan frecuentes en aquellos centros mercantiles como Medina, y aquel contacto con la hez de la humanidad *le dilató el corazón y maduró su juicio.* No en vano se decía de él que “tenía el juicio de un viejo”, y era llamado “el criado de los pobres” [Testimonio de Pedro Fernández Bustillo, que conoció al santo en Medina del Campo en esos años]»³⁴.

³⁴ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 80-81.

II

LA PRÁCTICA DE LA MISERICORDIA CORPORAL Y ESPIRITUAL EN LA VIDA RELIGIOSA

El administrador del Hospital y benefactor suyo, don Alonso Álvarez de Toledo, lo había pensado —como especifican los biógrafos— para Capellán de aquella institución, pero la convocatoria de Dios pasaba por el Carmen, que no hacía mucho había abierto casa en Medina. Allí se llegó el santo con veintidós años y fue recibido como novicio. Hubo de abandonar, evidentemente, al tomar esta decisión, el trabajo como enfermero y las prácticas de misericordia que acostumbraba a realizar junto con sus familiares cuando aún vivía con ellos.

De su vida como carmelita hay mucha mayor difusión y conocimiento, ya que su acción al interno de la Orden fue determinante en tiempos de Reforma. Para el propósito que aquí llevamos me limito a señalar que en los casi veinticinco años en que vistió el hábito de la Virgen del Carmelo, no hay indicio alguno que permita pensar en un abandono del empeño juvenil caritativo. Ciertamente que sus obras de misericordia en gran parte se espiritualizan, en razón sobre todo de los oficios que se le encarga desempeñar, pero más cierto es que el grado que alcanza en ellas es egregio, y en especial en cuanto se refiere a la enseñanza, al perdón, al consuelo y a la oración por todos. De ninguna manera olvida la preocupación por los pobres, de los que siempre fue uno, y por los enfermos, y de modo muy particular por los religiosos enfermos a su cargo, para quienes tiene atenciones de gran

delicadeza, como aquella vez en que volviendo a su Convento en Baeza, durante el año de 1580, llamado el «del catarro universal», encontró a toda su comunidad en cama, veinte religiosos sin poder levantarse «y él, tan resuelto como si fuese uno solo, tomó las medidas que eran al caso, mandó comprar carne, aderezándola él mismo y hacía que todos comiesen»³⁵; o aquella otra ocasión en la cual, siendo todavía Rector del Colegio de Baeza, dedicó una gran suma de dinero, que costaría otras necesidades a la comunidad, para comprar a un hermano lego ya desahuciado en su enfermedad, unas medicinas que no han de curarle pero sí disminuirán un punto su sufrimiento: «Le basta a fray Juan saber que pueden proporcionar al paciente algún alivio»³⁶.

La asistencia a los enfermos, dice Crisógono, era una ocupación «predilecta» para san Juan de la Cruz, pues dedicaba a ella buena parte de su tiempo y fuerzas como superior de cada Convento que hubo de gobernar³⁷. Pero si queremos dibujar un retrato de su caridad como religioso y «prelado», creo debemos acudir a las obras de misericordia para con el alma de sus súbditos, más que a aquellas con que re-

³⁵ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 543. Lo testimonia uno de los religiosos acatarrados que lo vieron en acción, Juan de Santa Ana. Cf. también JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 440-441 (IV, 12, 5).

³⁶ Cf. CRISÓGONO, «Vida», 235-236.

³⁷ «Son muchos los ratos que se pasa a su cabecera; los atiende, los consuela, hasta los mima. Si hay alguno inapetente, fray Juan le pregunta qué le gustaría comer; le nombra pacientemente todo aquello que sospecha que pudiera apetecer hasta que da con algo que le gusta, y manda traerlo en seguida» («Vida», 235). El p. Inocencio de San Andrés, súbdito suyo, declaró para el proceso en Caravaca: «A los enfermos acudía con muy particular cuidado, así en darles todo lo necesario como visitándolos, animándolos y consolándolos» (Manuscrito 12.738 de la Biblioteca Nacional de Madrid, f. 220).

creaba sus cuerpos. Y en este campo su ejemplo se hace más notable, y tanto más cuanto más en relación se lo pone con la cruz. Porque es verdad que ante los achaques de los suyos, «renacían en él todos los artilugios aprendidos en su mocedad, cuando asistía a los desahuciados enfermos de bubas», pero también es verdad que él comprendía muy bien que no podía comportarse sin distinciones: «La diferencia era que los enfermos de su convento eran religiosos, obligados a la perfección, y la cruz de su enfermedad no debía ser pretexto para hacerlos quejicas y caprichosos»³⁸. Por eso a la atención material siempre antepone la enseñanza y la corrección, como en este caso:

«Tenía uno muy difícil en Granada, insoportable para los enfermeros, a los cuales advirtió el P. Prior “que con toda caridad de mañana le diesen de almorzar y cuidasen de regalarle”. Y el P. Prior en persona cuidaba de él. Una mañana le llevó el enfermero a la cama unas guindas y un torreznillo que almorzase, con un poco de vino. El achacoso no quiso probarlo, por mucho que el enfermero se lo rogó. Había mandado el P. Prior al enfermero que comiera de carne, por andar enfermo también, y que almorzase por las mañanas. Pues como vio que el enfermo melindroso había rehusado el almuerzo, bajándose al refectorio se lo comió él.

Acertó el P. Prior a entrar a visitar al achacoso; le preguntó cómo estaba y si había almorzado; él, embotijado, respondió que no. Mandó el P. Prior que acudiese el enfermero, y le preguntó que cómo, siendo tan tarde, no

³⁸ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 605. Allí mismo relatan los autores el ejemplo que puse a continuación.

había llevado algo de comer al enfermo. Se postró el enfermero, confesando su culpa, y le dijo que ya se lo había llevado y que no había querido tomarlo. El achacoso replicó que no lo había tomado esperando que se lo rogara mucho. Y el enfermero dijo: “Pues cierto, Padre nuestro, que yo me lo almorcé sin que me lo rogase nadie”. Al P. Prior le cayó en gracia la ocurrencia del enfermero y le dijo que siempre lo hiciera así, que con esta medicina se curaban mejor aquellos enfermos».

Como se ve, más valía para el santo la mejoría del alma que la del cuerpo. Y aunque era cuidadoso con los que sufrían jamás desconoció el valor de la cruz, como lo demostraría al fin de su vida en su propia enfermedad. La cruz era su consejo y su enseñanza, la cruz era su consuelo y su oración. Con la *educación en la cruz* él creía hacer la mayor misericordia a quienes de ella habían menester, es decir, a todos los hombres que Dios le topase en el camino.

Dice Jesucristo que «quien practicare y enseñare, ése será grande en el Reino de los Cielos» (Mt 5, 19). *Entre todos los actos de caridad de san Juan de la Cruz, seguramente los que refieren a su enseñanza y consejo sean los más, cuantitativa y cualitativamente examinados.* Toda su doctrina y sus escritos provienen del interés de demostrar a quienes no los conocemos, cuáles sean los caminos para llegar a la perfecta unión con Dios en que consiste la santidad. Maestro es, pues, y consejero del espíritu, y éste es el magisterio mayor. Más adelante se señalará su oficio como director espiritual de religiosos y laicos, actividad fundamental y primaria que ejerció a este respecto. Pero no podemos reducir a la guía espiritual personal todas sus instrucciones, puesto que a día-

rio le tocaba exhortar a sus religiosos, ya en lo referente a la vida del espíritu, ya en lo que relaciona a la vida religiosa, ya en la doctrina y la tradición teológica de la Iglesia, que dominaba con arte y profundidad.

Maestro de voluntades como era, no por eso dejaba de ilustrar las inteligencias. Él fue el primer superior del primer Colegio que la Descalcez tuvo en Alcalá. Años más tarde, en 1579, preparó y consumó la fundación de otro Colegio, el primero de Andalucía, en Baeza, en el cual organizó los estudios³⁹. De su etapa allí se nos dice el gran bien que hacía incluso entre los profesores universitarios que se llegaban a él, algunos de ellos antiguos alumnos del Maestre Juan de Ávila:

«Catedráticos y alumnos vienen al Colegio de San Basilio, de los Descalzos, a consultar al santo Rector. Con él se pasan horas enteras. Fray Juan les expone la Escritura, les habla de teología, de los misterios de la fe – recordemos las admirables páginas de la *Subida del Monte Carmelo* sobre la naturaleza de esta virtud teologal–, y cuando salen del Colegio, el padre Inocencio de San Andrés oye decir a los doctores Ojeda, Becerra y Sepúlveda, admirados de las explicaciones de fray Juan: “¡Qué hombre tan profundo es éste!”. Hay, sobre todo, un doctor, regente desde hace años de la cátedra de Positivo, que viene a consultarle con frecuencia lugares difíciles de la Sagrada Escritura, y aunque maneja él constantemente los libros de San Juan Crisóstomo y de San Agustín, encuentra tan satisfactorias las explicaciones de fray Juan, tan

³⁹ Cf. CRISÓGONO, «Vida», 230.

nuevas y tan exactas, que le parece dictadas por el Espíritu Santo. También le consultan y se dirigen con él el doctor Carlebal y el padre Núñez Marcelo»⁴⁰.

Se destaca también como un consuelo y fortaleza para los que están en aflicción:

«No puede ver tristes a sus frailes. Cuando lo está alguno, le llama, sale con él a la huerta o se le lleva incluso al campo para distraerle y consolarle; ya no para hasta que logra trocar la tristeza en alegría»⁴¹.

A un religioso que tenía inquietudes por su predestinación le dio baza para superarlas:

«Andaba el Padre fray Juan de Santa Ana muy afligido con una molesta y congojosa tentación de si era o no predestinado sin osarla comunicar con alguno, y menos con el venerable Padre, que era otra y la mayor tentación. Conociósele el Varón santo, y para curarle, solía (cuando le veía más embebido en este pensamiento) decirle: “*¿en qué piensa ahora? ¿en si se ha de condenar o no?*” Sepa que todo eso es amor propio. Ame a Dios sin interés alguno, puramente por ser Él quien es, y deje lo demás a la divina disposición, que su Majestad hará lo que fuere servido, y eso será lo que más conviniere para su alma”. Otras veces, para quitarle aquel temor con la ponderación misma dél (que el miedo suele quitarse con tratarlo, y hacerle rostro) le decía: “Mire Padre fray Juan, no se canse, si Dios le tiene para el infierno, sepa que ha de ir allá, no tiene que

⁴⁰ CRISÓGONO, «Vida», 231-232.

⁴¹ CRISÓGONO, «Vida», 301.

dudar: pero yo le daré un buen remedio: ásgase bien de Dios amándole estrecha y puramente, que asido a Él, donde quiera que el Señor le enviare, le llevará consigo, y teniendo a Dios, ¿qué más quiere? pues aunque sea en el infierno, allí tendrá con Él su bienaventuranza, y lo que le quiero decir con esto es que sólo trate de amar y servir a Dios, que si esto lo hace, no tiene que temer del infierno, *que Dios no condena a quien persevera en servirle hasta la muerte*". Con esto vino el religioso a cobrar ánimo contra el miedo, luz contra las tinieblas que traía en su espíritu y un deseo de amar, y servir a Dios puramente, sin respetos de premio, ni de pena: y así a quedar del todo libre de la tentación, y con gran paz y serenidad en su alma⁴².

Su trato de caridad era constante e indiscriminado. Jamás hacía por imponer sus juicios particulares y puntos de vista, con estar muchas veces seguro de ellos. Al contrario, se mostraba siempre templado y muy paciente ante las debilidades y errores ajenos, aun cuando previese en ello futuras dificultades. Un ejemplo concreto podemos tomar de su actuación en el gobierno general de los descalzos, de los que era el primero y «receptor y transmisor de su carisma»⁴³. En los Capítulos en que participó «pasó como una sombra»⁴⁴, y no porque no brindase oportunamente y cada vez su parecer sobre los diferentes temas que se trataron, sino porque tanto el p. Jerónimo Gracián, como luego el p. Nicolás Doria, aun sabiendo el valor de su consejo, decidieron normalmente

⁴² JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 433-434 (IV, 12, 1).

⁴³ RODRÍGUEZ, JOSÉ VICENTE, *Cien fichas sobre san Juan de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 2008, 24.

⁴⁴ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 563.

contra su opinión, incluso en asuntos cruciales⁴⁵. Eso nunca movió al santo ni un centímetro de su obediencia y amor a la Orden, y tampoco le impidió seguir mostrando, con el ejemplo entregado de su vida, qué era lo que mejor se acomodaba a la profesión de la Descalcez.

Y no solamente era compasivo y tardo para llevar a juicio las órdenes y decisiones de sus superiores. Quizás más proverbial (y probablemente causa de su docilidad) era la paciencia y celo con que sobrellevaba las flaquezas y habituales defectos de sus súbditos, lo que lo volvió muchas veces última instancia y refugio en casos de religiosos «difíciles»:

«...su contacto conventual resultaba de hecho tan entrañable que era cosa sabida que donde ciertos tipos no asentaban eran enviados adonde Fr. Juan, y solían hallar remedio. Esto sucedió muchas veces, por no decir que era habitual, que bien lo pudiéramos decir»⁴⁶.

Comparando con esta cualidad suya la observantísima intransigencia de Nicolás Doria el Exigente, así la hacen resaltar Efrén-Steggink:

«El P. Doria era también recoleto y ordenado; su cerebro funcionaba sin pausa; pero de una forma calculada y casi inhumana. Los avatares de Italia y su lucha diplomática lo habían endurecido y afinado como un diamante cultivado; el cerebro y la ley endurecían su humanidad y lo

⁴⁵ Se puede ver, para ejemplo, lo sucedido en el Capítulo general en Almodóvar, en 1583 (primer Capítulo tras la muerte de santa Teresa). Lo traen, entre otros, EFRÉN-STEGGINK (*Tiempo y vida...*, 627-631).

⁴⁶ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 564.

convertían en juez implacable. Fr. Juan de la Cruz trataba con humanos y exigía comprensión y condescendencia con el natural, *con ser para sí terriblemente exigentes*⁴⁷.

Es, probablemente, esa exigencia con sí [«terrible»] la que habilita a la sana indulgencia de los demás, porque, al decir de san Pablo, puede llevar sobre sí al prójimo flaco sólo aquel que no busca la propia complacencia, según el modelo de Jesucristo (cf. Rom 15, 1-3). Cuando el «observante» se torna inmisericorde muestra que la observancia es un medio de enaltecerse a sí y gloriarse en sí, y alardeando de religión viene a hacerse acreedor de la condena veterotestamentaria: «me abandonaron para incensar a dioses extraños y adorar la obra de sus manos» (Jer 1, 16).

Otro ejemplo, y éste peculiar, de la caridad de modos que tenía Juan de la Cruz, se ve en la delicadeza con que trataba a sus familiares. La renuncia que de ellos había hecho al profesar el estado contemplativo no lo volvió ni desarraigado ni desnaturalizado, antes reforzó esos lazos sobrenaturales ya creados desde su infancia y la conciencia que tenía de deberles, especialmente a su madre y a su hermano, en el orden natural y en el de las virtudes cristianas. Ellos también se ligaron fuertemente a él, y más en los primeros años de la Reforma. Una larga temporada pasaron, por ejemplo, en Duruelo (1568-1569), ayudando en la cocina de los frailes, en el lavado de sus ropas y en el aparejo del siempre precario primer edificio. Juan gustaba de llevarse a Francisco como compañero de viaje en sus marchas de predicación en los pueblos vecinos, y junto con él se sentaba a des-

⁴⁷ *Tiempo y vida...*, 665.

cansar en la fuente que hay próxima al Convento para comer alguna provisión y hacer un alto contemplativo en el camino⁴⁸. Cuando quedó su hermano viudo, siendo el santo Prior en Granada (1581-1585), le costeó el viaje hasta allí para darle sitio en qué vivir y que ayudase en las obras de refacción del Convento como peón de albañil⁴⁹. A su madre la vio por última vez, seguramente, en Ávila, mientras era Capellán del Convento de la Encarnación, o quizás en alguna visita a Medina por aquel tiempo; lo cierto es que después de puesto en prisiones en Toledo, en 1577, no volvió a verla en vida. Sí le concedió Dios una aparición suya, estando otra vez en compañía de su hermano, siendo Prior en el Convento de Segovia⁵⁰. Aquella vez Francisco había acudido a verle para consolarse con él de la pérdida en poco tiempo de la mayoría de sus hijos, y de su soledad. Y el santo, como otras veces hacía, se desahogó con él de muchas penas que pasaba y le contó además algo que se referirá más adelante, que es una visión en la que Cristo le ofreció lo que desease y él le reclamó padecer por Él y por su causa. Conocemos esta intimidad, que constituye realmente una llave para ingresar en el fondo del alma de san Juan de la Cruz, gracias al testimonio de su hermano, que fue su confidente predilecto, y de quien solía decir que era «la prenda en el mundo que más estimo»⁵¹.

⁴⁸ Cf. CRISÓGONO, «Vida», 99-100.

⁴⁹ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 598.

⁵⁰ ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 492. Y añade: «Entiéndese, por lo que de aquí en adelante se vio en nuestro Santo Padre, que su madre y sobrina le anunciaron su muerte».

⁵¹ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 598.

III

LAS ARTES DE ENMENDAR LOS ERRORES Y DEL PERDÓN CRISTIANO

Un aspecto también importante de su obra de misericordia, y específicamente como superior de religiosos, fue la corrección de éstos, la cual hacía con mil ocurrencias. Enmendar las faltas de quienes se hallaban a su cargo en cuerpo y alma era para el santo una preocupación primordial y fue, en concreto, la que más cruces hubo de reportarle.

San Juan de la Cruz, hay que decirlo, corregía con toda su persona, porque el principal medio que usaba para llamar la atención de las faltas era su propia ejemplaridad. Era, por esto, un superior «peligroso» [y «en peligro», también, como se dirá]. La radicalidad de su consagración le impedía pactar con las faltas y reticencias, aun cuando extremase sus detalles paternos a los faltantes, buscando con la reprimenda la corrección y superación del mal, que es en lo que constituye la verdadera misericordia de quien corrige. Pero no por ser delicado en corregir hemos de decir que sus amonestaciones no se sintiesen ni que ahorrarse medios en ese combate que tenía entablado a perpetuidad con las miradas hacia atrás de los que tenían la mano puesta en el arado:

«No es el superior intransigente, que fiscaliza los actos de sus súbditos, rebuscador de detalles defectuosos que corregir. [...] Sus correcciones van envueltas en espíritu de mansedumbre, *in spiritu lenitatis* [...] Nadie le ha oído jamás una palabra fuerte ni le ha visto alterado al co-

rregir. Sus súbditos, lejos de exasperarse, reconocen su falta y quedan decididos a enmendarse. Lejos de andar a la caza de un religioso que falta al silencio para descargar sobre él el peso de las leyes, le han oído toser por el claustro o hacer ruido con el gran rosario que lleva pendiente de la correa, como un aviso para que los religiosos que están hablando fuera de tiempo y lugar se recojan antes de que les vea.

Si, a pesar de esto, sorprende en falta a alguno, le llama a solas y le reprende en particular, evitando que los demás lleguen a enterarse de la falta cometida. Es de parecer, y lo repite como norma de gobierno, que el prelado *ni debe reprender o castigar todas las faltas ni tampoco ha de disimularlas todas. A veces los mortifica, para hacerles gustar el mérito del padecer. [...] Ellos saben cuál es la más pura intención del Prelado, ajena del todo al más mínimo espíritu de revancha o de disimulada tiranía. Por eso, el que más mortificado es por él, más le quiere*⁵².

Conociendo, como conocía, de propia experiencia [haré mayor referencia a esto], el valor purificador de la cruz, no dudaba en acercarla –crudamente, en muchos casos– a sus hijos, para que se santifiquen en ella. Era ése el «peligro» de vivir con él, el «peligro» de vivir con hombres crucificados: que *exigen...* para el bien de los demás les exigen, y a veces exigir a quien no quiere ser exigido (en especial si éste ha prometido vivir esa exigencia), acaba con el superior crucificado (en intenciones, palabras, y hasta con hechos, criminales algunos, según reporta el Martirologio romano).

⁵² CRISÓGONO, «Vida», 292-293.

A Juan de la Cruz le valieron muchas persecuciones sus correcciones y enseñanzas de radicalidad. Él probaba, para purificar⁵³. En muchos casos también obtuvo frutos de perfección, como en el de aquel jurista que buscaba en la religión más un punto de gloria que la muerte al mundo, al cual humilló haciéndole estudiar durante un tiempo solamente el Catecismo y repetir las lecciones que repetían entonces los niños, mortificándolo de diferentes maneras, hasta que obtuvo de él, entre lágrimas, una humildad cumplida que lo volvió carmelita cabal⁵⁴. Lo mismo ocurrió en el caso del p. Gaspar de San Pedro, aficionado a la predicación, que bien desempeñaba, el cual una vez, llevado de esta afición, no solamente recibió sin permiso el encargo de un sermón, sino que además acudió a consolarse con las monjas de Beas de cómo san Juan de la Cruz le había prohibido concurrir a decir la dicha homilía, lo cual habiendo sabido el santo por boca de las mismas religiosas, les dijo: «Mejor es que no predique quien predica con propia voluntad, que *más provecho le hará la mortificación aunque lo sienta*. Y cuando el padre u otro les tratare de semejantes cosas, *díganles de la suerte que se usa por acá el mortificarlas*, para que unos a otros nos facili-

⁵³ No se debe olvidar la enseñanza sanjuanista de los *Avisos a un religioso para alcanzar la perfección* [Obras, 127-131], según la cual *todo* aquello que sucede, sin distinción, a cada uno dentro de la vida religiosa profesada, es medio y artefacto que Dios utiliza para el pulimiento (léase «perfección») del alma. El santo no tenía dificultad en colaborar libremente en aquel trabajo de orfebrería divina, claro que no impunemente, sino aplicando su criterio de oficio y de maneras, y rectificando en todo su intención. Eso lo hace un auténtico padre, que es decir un padre muerto a sí mismo.

De los frutos inestimables de conversión y de elevamiento de tono espiritual que consiguió en los Monasterios en que fue destinado como superior, se puede cf., por ejemplo, EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 531-533.

⁵⁴ CRISÓGONO, «Vida», 233.

temos el trato de verdadera mortificación que entre nosotros ha de haber»⁵⁵...

«Así las gastaba el manso Rector.

*Era fama que el P. Juan de la Cruz era único para reprender sin acritud, otros no lo soportaban. Dice Fr. Martín de la Asunción que, pareciéndole que no reprendía al P. Gaspar más reciamente, dijo: “Calle, que no lo entiende: ni siempre se enmiendan ni sacan el fruto que se pretende de los reprendidos, y menos los muy reprendidos; y en el fruto hemos de poner los ojos”*⁵⁶.

Y porque reconvenía sin acritud quería siempre que el reprendido saliese fructificado, y que los demás hermanos ganasen en clemencia. De allí la siguiente anécdota:

«Estaba una vez en recreo con sus frailes, y ante la falta cometida por un hermano, le dice el Prior, después de haberle reprendido: “Váyase a la celda”. El religioso se fue y en ella estuvo cumpliendo el castigo. Cuando por la noche, después de la cena, se celebró el capítulo de culpas, el padre Juan se lamentó de que no hubiera habido quien intercediese por aquel hermano pidiendo le fuese levantado el castigo y lo ponderó como una gran falta de caridad»⁵⁷.

Era la suya, se ve, una exigencia indulgente, que realmente buscaba el bien ajeno, y no la exigencia intransigente que es en verdad un tentativo de auto-encumbramiento. Era

⁵⁵ CRISÓGONO, «Vida», 256.

⁵⁶ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 532.

⁵⁷ CRISÓGONO, «Vida», 294.

una exigencia como la de Cristo, no exenta de cruz, que fructifica por ser de Cristo, cuyo Evangelio «plantea a quien lo oye exigencias esenciales de naturaleza moral; indica la necesidad de renunciaciones y sacrificios, *relacionándose así con el misterio de la cruz*»⁵⁸. Y del mismo modo que Jesucristo, encontró él también, en su afán de perfeccionamiento de los suyos, corazones incorregibles, que le crucificaron. Fue ciertamente una de las pruebas más grandes a que Dios le sometió. Vamos a contar un caso, quizás el más extremo.

Para ubicarnos debemos ir a 1585, porque en octubre de aquel año se concluyó en Pastrana el Capítulo «inconcluso» de Lisboa (Portugal). Allí fue elegido superior de toda la Reforma el p. Nicolás Doria. A Juan de la Cruz se le nombró Vicario provincial de Andalucía, con residencia en Granada, pero cesando en el priorato del Convento de los Mártires, de aquella ciudad, que hasta entonces ocupaba. Doria pidió expresamente a los Vicarios provinciales que velasen por la observancia regular, «rigurosa» como le decía, que constituía una especie de «programa de gobierno». El p. Crisógono refiere el modo de implementación que el santo hizo de aquel mandato y sus consecuencias:

«Con esta consigna [«observancia rigurosa»] salen de Pastrana los capitulares, y fray Juan regresa a Andalucía, ahora de vicario provincial. Bien recibido por todos, comienza a ejercer su cargo visitando los conventos y cumpliendo las instrucciones del padre Doria en orden a la observancia. Hay, sobre todo en Sevilla, pequeñas irregu-

⁵⁸ P. FUENTES, MIGUEL Á., IVE, *I.N.R.I.*, Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael-Dushambé 1999, 87.

laridades que corregir. Algunos predicadores jóvenes – conocemos el nombre de dos de ellos, Diego Evangelista y Francisco Crisóstomo– que destacan en el púlpito, se pasan temporadas enteras fuera del convento. El padre fray Juan les llama la atención, haciéndoles ver los inconvenientes y obligándoles a una vida de mayor retiro, *conforme a las exigencias del espíritu descalzo*. Nos consta que no llevan a bien la advertencia del vicario provincial, y quedan resentidos contra él; un resentimiento que durará años, con esperanza de desquite, que lograrán años más tarde, cada uno a su manera: el padre Diego, iniciando un proceso difamatorio, con ánimo de arrojar al padre Juan de la Reforma, y el padre Francisco Crisóstomo, prior de Úbeda en 1591, amargando cruelmente los últimos días de Reformador»⁵⁹.

Fue una corrección que le salió cara, y cuyo precio pagó el santo con hartos dolores, especialmente del alma, porque eran *hijos suyos* quienes se resentían contra él, hijos para los cuales había dispuesto con grandes sacrificios una religión en que pudiesen santificarse, y que –como dijo después de su muerte el p. Elías de San Martín, en el momento de hacer quemar todo ese felón proceso parricida– se comportaban ahora arteramente, como Cam con Noé, haciendo «alarde de las deshonras de su padre» [deshonras que solamente existían en sus maquinaciones infames]⁶⁰.

⁵⁹ «Vida», 351.

⁶⁰ P. JOSÉ DE JESÚS MARÍA QUIROGA, *Historia de la vida y virtudes del Venerable P. Fr. Juan de la Cruz*, Imprenta de Iván Meerbeeck, Bruselas 1628, l. III, c. 21.

Diego Evangelista era un muy inteligente muchacho y atrayente predicador. Fue comisionado en 1591 (tenía unos 30 años) por Doria para recabar informaciones en Andalucía relativas al proceso contra el p. Gracián, y se tomó la libertad de indagar también, y muy tendenciosamente, contra el p. Juan de la Cruz, tratando de desautorizar su buena fama y autoridad como maestro espiritual con el recurso a ciertas supuestas indecencias y escandalosos tratos y conversaciones que habría tenido el santo con religiosos y religiosas, y otro episodio en el que había besado a una monja por detrás de la oreja, y más calumnias, que no solamente se ocupaba de difundir sino que además intentaba hacer decir a otros, tergiversando sus declaraciones o poniéndoles a prueba con preguntas capciosas⁶¹. Mientras hacía estas desgraciadas averiguaciones pasó el p. Diego por el Convento de Úbeda para ver a su viejo compañero de Sevilla, Francisco Crisóstomo, también resentido contra el santo y prior de allí. Juan de la Cruz había sido trasladado a ese Convento por pedido propio y era objeto de los malos tratos de su antiguo súbdito. Fray Diego Evangelista, que tenía serio propósito –según declaró luego⁶²– de quitarle el hábito descalzo a quien antes que nadie se había vestido de él y hacer públicas sus opinadas acusaciones, ni siquiera se dignó visitarle en su celda de agonía. El santo sufría esta situación enormemente, pero a él jamás se le oyó decir una palabra en su de-

⁶¹ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 842-844. «Las monjas de Granada quedaron aterroradas cuando vieron el proceder de Diego Evangelista, obligando a decir contra el P. Juan de la Cruz infundios impensables, y tergiversando maliciosamente sus declaraciones, obligándolas a firmar lo que él decía que habían dicho, sin ellas haberlo dicho» (843).

⁶² ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 548.

fensa: «No ignoraba que muchos desertaban de él y le hacían el juego al Visitador, por miedo o por otras causas», y sin embargo nunca se lo vio celoso de su propia honra, aunque sí del daño que aquello pudiese producir a la Orden y de la Honra y Gloria de Dios⁶³.

En este contexto dio Juan de la Cruz ejemplo insigne del más difícil acto de la misericordia cristiana, que es el perdón de las ofensas recibidas. Ejemplo insigne, digo, porque no hay daños mayores que se puedan hacer al alma que la traición y la detracción, y evidentemente al cuerpo no hay mal más grave que la muerte. Y a Juan de la Cruz lo traicionaron (y fueron sus hijos) y dijeron contra él toda clase de maldad («un conjunto de calumnias de mucho peso que consiguen crear a su alrededor desconfianza, frialdad y aislamiento»⁶⁴) y lo dejaron solo y lo desampararon en el momento de su muerte:

⁶³ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 849. Testimonia el p. Martín de la Asunción (y lo recogen aquí Efrén-Steggink) que cuando fue a visitar al santo desde Baeza a Úbeda, le comentó «cómo cierto prelado, sin orden de su Superior, hacía ciertas informaciones contra él; y le dijo (el p. Juan) que no sentía ni le daban pena las informaciones, sino las ofensas de Dios nuestro Señor y pecados que hacían los testigos con pasión. Y diciéndole este testigo que todas serían imaginaciones las que escribiesen, respondió que no tenía pena sino lo que le tenía dicho de las ofensas de Dios». Más allá de que después (incluso después de su muerte) se haya venido a demostrar lo falso de las iniquidades contra él; ya la actitud del santo, de sencillez, silencio y desprecio de la propia honra, y la animosidad de sus detractores, bien podría haberse tomado como claro y evangélico criterio de discernimiento en su favor.

⁶⁴ BENÍTEZ LOZANO, OMAR A., «La cruz en la vida espiritual según san Juan de la Cruz» [Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra]; en *Cuadernos doctorales de Teología*, vol. XXXV, n. 6, Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 450.

«...el varón del Señor vino a quedar en sus persecuciones sin sus amigos e hijos, como Cristo nuestro Señor sin sus discípulos, *para que en todo fuese verdadero retrato suyo*»⁶⁵.

Su respuesta fue el perdón sincero y sencillo, como el de Jesucristo en la cruz. Lo manifestó de muchas maneras, y una de las más elocuentes fue la de impedir se diga mal de aquellos que le ofendían y ultrajaban en aquellas últimas horas:

«...un día se acercó al enfermo un religioso y le dijo: “¡Oh, Padre Nuestro, cuánto dicen persigue a V. R. el Visitador!”. Y comenzó a censurarlo, cortándole en seco el Sto. Padre con estas palabras: “Más siento que me diga mal del Padre Visitador que cuantas informaciones ni persecuciones me puedan venir”»⁶⁶.

Otra manera en que mostraba su perdón (y su grandeza de alma) era la poca importancia que ponía a los daños que se le infligían. Su discípulo fray Juan Evangelista le había escrito un tiempo antes para confortarlo y testimonió luego lo que fray Juan le respondió:

«En vez de quejarse, ni siquiera le mienta sus trabajos. Únicamente le pide que le encomiende a Dios, y escribe esta frase bíblica llena de melancolía: *Filii matris meae pugnaverunt contra me*»⁶⁷.

A una carmelita de Segovia escribe por entonces [es el último texto que tenemos salido de su mano]:

⁶⁵ ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 546.

⁶⁶ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 849.

⁶⁷ CRISÓGONO, «Vida», 426.

«Ame mucho a los que la contradicen y no la aman, porque en eso se engendra amor en el pecho donde no le hay; como hace Dios con nosotros, *que nos ama para que le amemos mediante el amor que nos tiene*»⁶⁸.

Estas líneas postreras son espejo de su alma, de la paz y del perdón cristianamente dado. Y abren una puerta para vislumbrar la grandísima obra que entonces Dios hacía dentro de él:

«No todos podían comprender la serenidad del P. Juan en la cresta de aquel oleaje, provocado sutilmente por el P. Doria. Es de tener en cuenta el sensato juicio de la V. M. Teresa de Cristo, la cual “alábale mucho que todas estas contradicciones las pasó con mucha paz de alma y que le aumentaban el amor y la caridad con aquellos Padres. Pagábaselo Dios también, que le hacía muy señaladas mercedes en los mismos tiempos de sus trabajos... Es hombre santo y un serafín encendido. Él se irá a gozar del premio de sus trabajos, y nuestra religión es la que perderá una gran columna”»⁶⁹.

«Quien practicare y enseñare, ése será grande en el Reino de los Cielos» (Mt 5, 19).

⁶⁸ *Carta a una religiosa carmelita*, finales de 1591 [*Obras*, 1334].

⁶⁹ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 850.

IV

SUS LUCHAS CONTRA «TODO» EL PECADO

Comentando la bienaventuranza de la misericordia, en el Sermón de la Montaña (Mt 5, 7), señala santo Tomás de Aquino que «ser misericordioso es hacer al propio corazón como miserable a causa de la miseria del prójimo»⁷⁰:

«...por lo cual, tenemos misericordia de las miserias del prójimo *cuando las consideramos como nuestras*. De nuestra miseria nos dolemos, e intentamos quitarla. Luego, se es verdaderamente misericordioso *cuando uno se aplica a quitar la miseria ajena*».

Como se demuestra hasta aquí, era fray Juan de la Cruz, en vida, un hombre verdaderamente misericordioso, que no ahorra sacrificios físicos o morales en su intento de alejar o quitar, según sus posibilidades, las miserias de los demás, en el cuerpo y en el alma. Aquí no puede inventarse nada, porque son los testimonios de quienes vivieron con él los que lo pintan: siempre atento y solícito, maestro, consuelo y ánimo de sus hijos, modélico perdonador, etc.

De todas maneras, esta es una parte de la misericordia. Hay que atender a lo que, a continuación del texto puesto arriba, sigue diciendo santo Tomás:

⁷⁰ S. Ev. S. *Matthaei lectura*, c. 5, l. II: «...habere miserum cor de miseria aliorum». El texto que sigue tiene la misma referencia.

«La miseria del prójimo es *doble*. La *primera* se da en el orden de las cosas temporales, y para ésta debemos tener un corazón misericordioso, como se dice en 1Jn 3, 17: “El que tuviere bienes de este mundo y, viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios?”. La *segunda* es aquella por la cual *el hombre se hace miserable a causa del pecado*, porque, así como la felicidad está en las obras de las virtudes, del mismo modo la miseria está en el vicio, como se dice en Prov 14, 34: “El pecado hace miserables a los pueblos”».

Las catorce obras de misericordia, llamadas corporales y espirituales, se aplican a remediar carencias «*temporales*», aun cuando alguno de los remedios pueda trascender, en parte, la mera situación mundana. Hay, empero, una miseria más profunda que ésta, una miseria que compromete la eternidad y por lo tanto no puede ser considerada «*temporal*», porque aunque objetivamente lo sea, subjetivamente no lo es: es eterna, subjetivamente eterna. Es la miseria del pecado. De donde se sigue que la misericordia mayor que se puede tener hacia un prójimo es la de quitarle el pecado y devolverle la gracia. Esta fue *la obra de Jesucristo*, que «cargó sobre sí la iniquidad de todos nosotros» (Is 53, 6) y aunque «no conoció el pecado, se hizo por nosotros pecado, para que en Él fuéramos justicia de Dios» (2Cor 5, 21), para causar por su muerte en nuestras almas la gracia santificante.

A tal punto es eterno el daño y la intención del pecado que el hombre por sí mismo no puede remediarlo. Por propia fuerza natural pueden los hombres imitar las obras de misericordia cristianas, pero *sin recurso a la muerte de Cristo no existe modo de actuar la misericordia respecto del mal del pe-*

cado [«¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?» –Mc 2, 7]. De aquí la maravilla en que consiste esa participación ministerial que otorga Cristo de su fuerza redentora a los sacerdotes ordenados, para realizar en su Nombre la más egregia de las misericordias, la de la absolución sacramental:

«Cuando el sacerdote es consciente de esta realidad de gracia, no puede no alentar a los fieles a acercarse al sacramento de la penitencia. Entonces “el sacerdote ejerce el ministerio del Buen Pastor que busca la oveja perdida, del Buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que espera al hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo Juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra, el sacerdote es *el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador*” [*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1465]. “El buen Pastor busca la oveja descarriada. Y, encontrada, la pone sobre los mismos hombros que llevaron el madero de la cruz, y la lleva de nuevo a la vida de la eternidad” [SAN GREGORIO NACIANCENO, *Sermón 45*]»⁷¹.

Juan de la Cruz fue un santo sacerdote, y un santo del confesionario. Ejercitaba allí la misericordia del mismo modo que en los otros campos, del único modo que sabía ejercitarla: crucificándose, y enseñando a crucificarse a sus penitentes; llevando a las ovejas perdidas sobre hombros robustecidos por la carga de la cruz:

⁷¹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote, confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*, 9 de marzo de 2011, n. 31 [BAC, Madrid 2011, 28].

«Vivir la oración en silencio y soledad era su deseo desde su juventud hasta el final. Pero la mayor parte de su vida estaba saturado con las obligaciones de sus cargos. Y como ha seguido al Salvador en la atención amorosa a los enfermos (incluso con el carisma de curaciones milagrosas), así *le sigue en la sacrificada preocupación pastoral por las almas*»⁷².

Tenía el santo profunda convicción de la misericordia de Dios con sus propios pecados, que demostraba al actuar él mismo como penitente y también en las penas que se autoimponía por sus faltas más leves⁷³. Su dedicación como confesor provenía de esta experiencia, unida a la experiencia de la cruz, que es el precio pero también la remisión por el

⁷² STEIN, EDITH, *Ciencia de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 2011⁵, 361.

⁷³ Testimonia, para ej., el p. Luis de San Ángel: «Él [fray Juan de la Cruz] fue la primera persona que confesó (este testigo) cuando le pusieron en este ministerio, y fue tal su confesión y dejó a este testigo tan edificado y confuso, que ha dicho muchas veces después acá que el primero que confesó fue un santo, porque de tal fue su confesión como de un alma purísima, y desde entonces este testigo se ha tenido por dichoso de haber un tal principio en un ministerio tan alto» (CRISÓGONO, «Vida», 284).

Sobre lo delicado de su consciencia existe esta anécdota de su viaje al Capítulo de Pastrana en 1585: «Ni una palabra ociosa, ni una conversación baladí le oye el padre Luis de San Jerónimo en todo el largo camino de más de dos meses. Con él se confiesa el Reformador durante el viaje, y el padre Luis, ante la ausencia de materia para la absolución, se ve obligado a decirle que se acuse de algunas mentiras que pudo decir cuando niño, porque, *aunque pondera sus imperfecciones*, no puede el confesor darlas ni por pecados veniales» (CRISÓGONO, «Vida», 349).

Respecto del reconocimiento y penitencia por sus culpas se puede cf., como ejemplo, ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 134; EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 257.

pecado⁷⁴. Con gracia y sal lo dijo el santo a una hija espiritual suya:

«Discípula suya fue también María de Paz. Tres años estuvo comunicándola domingos, martes y viernes, y confesaba. En los principios que confesaba con él, tuvo el pensamiento de “si se había de atar o confesar con un hombre que parecía no ser letrado, si la entendería o no. Y un día, andando en esto, al ir a confesar con él, le dijo: *Hija, letrado soy, por mis pecados*”»⁷⁵.

Más allá de los dones especiales que Dios le proveyó para confesar y dirigir almas, era fundamentalmente esta ciencia de la cruz y de la experiencia de la debilidad y del pecado propio y de la misericordia de Jesucristo, la que hacía de él un pastor y juez tan compasivo en el tribunal de su confesionario. En esta ciencia y experiencia era muy letrado, y esas letras le movían a una entrega infatigable en el ejercicio de este ministerio. Tenía «una paciencia incansable» — señala santa Teresa Benedicta de la Cruz— especialmente con aquellos «a quienes ningún otro quería escuchar»⁷⁶.

Ya en los años de Duruelo, con poco tiempo de ordenado y recién incorporado a la Reforma, acudían a confesarse con él «algunos caballeros que estaban en aquellos luga-

⁷⁴ «...los ministros de este sacramento, pues ellos mismos experimentan la belleza de este encuentro sacramental, se hacen más disponibles a ofrecer dicho *servicio humilde, arduo, paciente y gozoso*» (C. CLERO, *El sacerdote, confesor...*, 9 [18]).

⁷⁵ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 527.

⁷⁶ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 361.

res»⁷⁷ y el santo procuraba de darle importancia a esto, aun en medio de la precariedad de ese primer convento:

«Uno que tomó el hábito en septiembre de 1569 cuenta cómo cuando llegó al convento “habían hecho dormitorio del aposento bajo”, excepto el espacio necesario para hacer dos confesionarios hacia la parte que caía a la iglesia, para la gente de la comarca que acudía a confesarse»⁷⁸.

De su época de Rector en Baeza tenemos un repertorio de testimonios irrefragable:

«A pesar de la vida preeminentemente contemplativa y retirada que profesan, y que en la Peñuela y el Calvario les ha ganado la fama de santos que disfrutan en toda la comarca, la gente acude a ellos en busca de doctrina y dirección espiritual. Fray Juan, el máximo contemplativo, no siente el menor escrúpulo en entregarse a esta labor de apostolado, como no lo había sentido en Ávila y en Duruelo, como no lo sentirá más tarde en Granada o en Segovia.

La iglesia del Carmen, como todas las de Baeza, se llena de gente que acude a confesarse. Fray Juan de la Cruz da orden de que no falten los confesores de sus con-

⁷⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, 14, 9. En *Obras completas*, BAC, Madrid 1979, 557. En el n. anterior relata que aquellos primeros descalzos «iban a predicar a muchos lugares que están por allí comarcanos sin ninguna doctrina, que por esto también me holgué se hiciese allí la casa; [...] Iban –como digo– a predicar legua y media, dos leguas, descalzos (que entonces no traían alpargatas, que después se las mandaron poner) y con harta nieve y frío; y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde a comer a su casa. Con el contento, todo se les hacía poco».

⁷⁸ RODRÍGUEZ, J., *Cien fichas...*, 28.

fesionarios, y allí están mañana y tarde, sin lograr dar abasto a la gente que acude. *El mismo da ejemplo*. Ya sabemos que le gusta tener la iglesia muy limpia y adornada. Hasta ha traído un pintor de Úbeda que la decore. Y *asiste asiduamente al confesionario*. Por él desfilan personas de todo género, desde el rector y los catedráticos de la Universidad hasta mujercitas indoctas de pastores. Todos vienen con la misma ilusión de recibir sus consejos y de acomodar a ellos su vida. Y a todos atiende él *sin distinción de personas, con idéntico interés*»⁷⁹.

Uno de los frailes que vivía allí con él, el p. Inocencio de San Andrés, testifica:

«Habiendo vivido (este testigo) muchos años con el dicho santo Padre en el Colegio de Baeza, nunca se han continuado tanto las confesiones como en el tiempo que él estuvo en el dicho Colegio, aunque se confiesa de ordinario mucha gente; pero el tiempo que él estuvo en el dicho Colegio de Baeza por prelado, todos los días, así por la mañana como por la tarde, asistían los confesores en los confesionarios y no podían acabar toda la gente que acudía [...] *Muy de ordinario acudía al confesionario* a confesar y tratar muchas personas [...] con todo género [...] así hombres doctos como gente ordinaria»⁸⁰.

Otro de sus súbditos de entonces, fray Martín de la Asunción, sacristán de Baeza, refuerza lo dicho, incidiendo sobre el trato par que a todos brindaba el santo:

⁷⁹ CRISÓGONO, «Vida», 243.

⁸⁰ Testimonio en el proceso de Caravaca (Manuscrito 12.738 de la Biblioteca Nacional de Madrid, f. 220).

«Cualquier persona, de cualquier estado o condición que fuese, rico o pobre, luego que le pedía le confesase, lo hacía con muy grande amor y caridad»⁸¹.

De que nunca hacía acepción de las personas da cuenta también el p. Baltasar de Jesús, súbdito suyo en Granada, el cual certifica que en aquella ciudad, a los más sencillos

«...les acudía con tal celo, que no hacía distinción de esta pobre gente a las graves que acudían a confesarse con él»⁸².

Si estaba dispuesto en todo momento y para todos, era por el convencimiento de estar continuando, en el sitio de su confesionario, la lucha que inaugurase Cristo por las almas contra «el enemigo de natura humana» [EE 326]. Sabía que era allí el lugar donde presentarle batalla y conocía suficientemente a ese enemigo como para lograr vencerlo con la fuerza de Jesucristo. De hecho, en los exorcismos que le tocó hacer utilizaba como lugar frecuentemente el confesionario, escenario en que se lo vio triunfar contra las posesiones físicas del demonio⁸³. Y aún más triunfos obtuvo contra la posesión peor que es la que el demonio hace del alma por el pecado, enemigo de Cristo y enemigo de Juan de la Cruz:

«Un caballero de Baeza, pariente del hermano Martín de la Asunción, portero y sacristán del convento, es hombre de conducta desgarrada. Un día se acerca a fray

⁸¹ Testimonio en el proceso de Baeza (Manuscrito 12.738 de la Biblioteca Nacional de Madrid, f. 136).

⁸² Testimonio en el proceso de Caravaca (Manuscrito 12.738 de la Biblioteca Nacional de Madrid, f. 288).

⁸³ Cf., por ej., CRISÓGONO, «Vida», 140.

Martín y le dice que le busque un confesor pacífico; quiere reconciliarse. El portero se lo dice al padre fray Juan, informándole de la vida de aquel pariente suyo, y fray Juan se ofrece a confesarle él mismo. Baja al confesionario y se acerca al caballero. No sabemos qué le dice el Rector de los Descalzos, pero desde ese día se le ve acudir frecuentemente de día y de noche a tratar con fray Juan, porque está encantado de su doctrina. Hasta asiste a los actos de meditación y de penitencia que allí se hacen y acaba por decidir un cambio radical de vida: de vida y de traje. Pide autorización para desnudarse de su ropa de caballero y de su espada para vestirse de sayal pardo. Pero fray Juan no se lo autoriza. Vida de oración y de santas costumbres –le dice su Director–, pero sin dejar el traje y las armas que exige su condición social»⁸⁴.

Se adivina ya en esta última historia cómo para él no concluía la lucha contra el demonio con la absolución, sino que se continuaba e iba más allá, con la enseñanza del camino del desprendimiento y la guía espiritual para recorrerlo, guía en la que era un experto consejero. Confesarse con él da la impresión que significaba para sus penitentes no solamente el arrepentimiento y el propósito de no pecar, sino también el compromiso de ponerse en trabajo para alcanzar la santidad más plena. Y es que, como enseña el p. Alfonso Torres, «lo primero que Satanás encuentra que le pertenezca en un alma es el pecado», pero el pecado no es lo único:

«En un sentido general, podemos decir que hay otras cosas que pertenecen a Satanás. Y es lo que nosotros lla-

⁸⁴ CRISÓGONO, «Vida», 248-249.

mamos apegos de las almas. Se trata de aficiones desordenadas, de pasioncillas inmortificadas de cualquier clase que sean. Ora sean temores, deseos, gustos, repugnancias, miedos interiores o exteriores, ora sean los hilillos que impiden al alma volar libremente hacia Dios. ¿Por qué sucede así? Por una razón muy sencilla: mientras haya en alma uno de estos deseos, uno de esos apegos, Satanás tiene un asidero por dónde cogernos. *Los apegos, las pasiones desordenadas que quedan, son sus cómplices para arrastrar al alma.* Satanás nos coge con estas cosas, lucha y consigue victorias, que son de muchas clases. A veces, valiéndose de un apego, de una pasioncilla, llega hasta su fin, hasta el pecado mortal, pues poco a poco ha ido haciendo caer al alma hasta apoderarse de ella. Otras veces limita su acción, porque no puede hacerla caer en pecado; pero entonces va impidiendo que el alma se perfeccione y se santifique, que mejore en las virtudes, en la generosidad con Dios, en el amor de Dios, y que este amor vaya siendo cada vez más perfecto»⁸⁵.

Un confesor como san Juan de la Cruz no limita, se entiende, su combate [«contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal, que habitan en los espacios celestes» (Ef 6, 12)] a recabar materia y disposiciones que hagan válida la fórmula de absolución, sino que extiende su labor a la formación de Jesucristo en cada alma, en la medida en que lo permite el acto sacramental, para que con Cristo puedan decir en toda verdad: «Viene el príncipe de este

⁸⁵ *Obras completas del p. Alfonso Torres, S. I., t. VII: «Ejercicios espirituales 3. Los valores de la vida contemplativa», BAC, Madrid 1971, 14.*

mundo y en mí no encuentra nada que le pertenezca» (Jn 14, 30):

«Es parte integrante del ministerio sacerdotal estar disponibles a orientar a todos los bautizados hacia la perfección de la caridad»⁸⁶.

San Juan de la Cruz iba así hasta el fondo en la guerra contra el pecado, cuya victoria total se alcanza —él lo sabía de sobra— solamente por la vía de la cruz, camino único y estrecho para alcanzar la santidad completa. Por eso en su función ministerial de juez de misericordia no contemplaba caridad mayor que enseñar a las almas a llevar esa cruz, a pulso, sobre el hombro y abrazada, hacia fuera de la ciudad, para ser crucificado en ella y vencer. Este era *el modo por el que ponía a las almas en el camino del amor de Dios, el magisterio de la abnegación*. Y los frutos de esta instrucción suya tan cristiana y religiosa saltaban a la vista.

El caso más palmario es seguramente el del Monasterio de la Encarnación de Ávila, al que santa Teresa de Jesús llegó como priora en octubre de 1571, y en el que debió ser introducida por fuerza, debido a la oposición a ella de gran parte de las 150 religiosas que entonces allí vivían con ciertas libertades que habían motivado a la santa a inaugurar la Reforma del Carmen. Poco tiempo bastó para ver transformada esa macro-comunidad de arrimos y cercanías en una sociedad de religiosas fieles. La espiritualidad y el buen sentido de santa Teresa hicieron de su parte, pero también hay que atribuir méritos (y no pocos) a la dirección que desde el pequeño confesionario que aún hoy se guarda junto al coro

⁸⁶ C. CLERO, *El sacerdote, confesor...*, 4 [16].

bajo de las monjas les brindara el p. Juan de la Cruz, de propósito requerido al Provincial por la Madre para desempeñar esa función, en la que lo sabía insustituible:

«La labor de confesor y director espiritual del monasterio comenzó a notarse pronto. Debió llegar fray Juan a Ávila en mayo de 1572. Ya a finales de septiembre escribe la Madre a su hermana Juana de Ahumada: “Gran provecho hace este descalzo que confiesa aquí; es fray Juan de la Cruz”. A este juicio de la Priora habría que sumar las declaraciones de otras monjas, por ejemplo la de Ana María Gutiérrez, que certifica cómo fray Juan “con la discreción y gracia que Dios le comunicaba [...] con sus palabras dichas y propuestas tan a tiempo y tan de cielo y con tanta blandura, suavidad y amor, quitaban las visitas y los demás impedimentos y persuadían a hacer vida perfecta y penitente, recogiénolas a trato de oración, dándole Dios a este padre gracia en esto”.

Todo el mundo ponderaba el cambio que se había producido en la Encarnación: “A mí me atribuyen la conversión y remedio de esta casa; yo puedo decir que fue fray Juan de la Cruz y su compañero”, declaraba la madre Teresa. Y la beata Ana de San Bartolomé da este testimonio:

“Decían algunas personas: Podemos decir a las monjas de la Encarnación: *‘dinos con quien paces y diremos lo que haces, dinos tu maestro y sabremos tu ciencia’*. Ya no es la Encarnación que solía, ya no hay entretenimientos mundanos, ya comen pasto divino; no buscan libertades ni salen a la puerta sino a beber al agua viva del espíritu de fray

Juan de la Cruz, que en gustando éste, lo demás se conoce ser falso y engañoso”⁸⁷.

Para lograr aquel cambio hubo de emplear mucha paciencia y santos ardides, y una doctrina irrecusable, *la enseñanza de la cruz*:

«Se retraían de ir a él al principio algunas monjas, y llegando al confesionario donde él estaba, preguntaban: “¿es descalzo o calzado?”. Y él, revolviendo en el hábito los pies que traía descalzos, respondía imperturbable: “calzado estoy”. “Y como las tales, acabadas de confesar, le oyesen hablar tan bien de Dios, de su bondad y de las virtudes, con palabras que parecía meterlas en el alma con deseos de buscar a Dios y servirle de todo corazón, entonces, teniendo ellas por venturoso el yerro del confesionario, perdido el pavor, en adelante acudían a confesarse y comunicar con el varón del Señor”⁸⁸.

«Había entre estas señoras una de no mucha edad, mas tan traviesa en romper y quebrar cosas, y otras travesuras dentro de casa, que por esto la llamaban “Roberto el diablo”; y por su mucha hermosura, honestidad y gracias, que tenía muchas, y entre otras ser muy música y tener escogida voz, la llamaban el sacabuche del cielo. Deseaba esta señora confesarse con el santo varón, más como le veía en sus acciones tan santo y a sí tan traviesa, no se atrevía. Animándose, llegó un día a sus pies y confesóse con él. Él, que entendió su pensamiento y turbación, le

⁸⁷ RODRÍGUEZ, J., *Cien fichas...*, 32.

⁸⁸ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 320. La cita interior corresponde a ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 176.

dijo no la turbase el pensar que los confesores eran santos, que él no lo era; pero que *cuanto eran más santos eran más suaves, y se escandalizaban menos, por penetrar más la condición del hombre, aunque lloraban más que los que no eran santos*. Con las pocas palabras que ella le oyó, perdió el pavor, mudó de condición y frecuentó el confesarse con el santo»⁸⁹.

«La grande espera que tenía en el gobierno de las almas que guiaba, sufriendoles sus imperfecciones, después de muchas veces advertidas y llevándolas a su paso imperfecto sin violencia... Y aun entre las almas de oración, cuales eran muchas de éstas, hay muchas que, aunque estén adelante en las mercedes de Dios, *no lo están en las virtudes y mortificaciones de sus pasiones*»⁹⁰.

Años después no ha mudado su proceder, e incluso lo aplica como medio de santificación para los laicos. De su época en Granada se dice:

«Como en Baeza y antes en Ávila, son muchas las personas que en Granada se ponen bajo su incomparable dirección. [...] Su dirección *es enérgica, aplicación de sus rectas doctrinas de negación, creadora de espíritus robustos*. No importa que el dirigido sea persona de alcurnia, como la noble doña Ana de Peñalosa; *el santo maestro la impone implacablemente en el total desprendimiento*»⁹¹.

⁸⁹ ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 176.

⁹⁰ ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 173.

⁹¹ CRISÓGONO, «Vida», 312-313.

«El procedimiento que sigue en su espiritual magisterio es *el clásico suyo de las negaciones*. Se lo inculca de palabra con la insistencia y seguridad con que lo ha escrito en sus libros»⁹².

⁹² CRISÓGONO, «Vida», 325.

V

LA ENSEÑANZA DE LA CRUZ

La enseñanza de la cruz fue su obra de misericordia por excelencia. En ella fundaba la guía de las almas, que es ciertamente su mayor título de honor. Hacerles caminar por la senda abnegada del Calvario era para él el modo más perfecto de ayudarlas, y esto lo hacía no solamente con la teoría sino que además las ponía a prueba prácticamente, con humillaciones, desapegos, desprecios... porque conocía el valor de estas cruces, y sabía que *la cruz es la esencia de la misericordia de Dios para con nosotros cada día*, desde el día santo del sacrificio redentor de Cristo a las puertas de Jerusalén. Cuando le pidieron parecer sobre cierta carmelita que parecía favorecida por dones sobrenaturales, concluyó su opinión recomendando:

«Lo que yo diría es que no le manden ni dejen escribir nada de esto, ni le dé muestras el confesor de oírsele de buena gana, sino para desestimarle y deshacerlo; y *pruébenla en el ejercicio de las virtudes a secas*, mayormente en el desprecio, humildad y obediencia, y *en el sonido del toque saldrá la blandura del alma*, en que han causado tantas mercedes, y las pruebas han de ser buenas, porque no hay demonio que por su honra no sufra algo»⁹³.

⁹³ *Censura y parecer que dio el beato Padre sobre el espíritu y modo de proceder en la oración de una religiosa; en Vida y obras...*, 1309.

Estoy seguro de que habrá quien se escandalice de que un director espiritual, o un confesor, o un superior religioso, prueben a quienes tienen a su cargo, y lo hagan con pruebas que «han de ser buenas». Probablemente también se habrían escandalizado del proceder del santo y del proceder de Dios, que no perdonó a su Hijo (cf. Rom 8, 32) y a los que ama pone en pruebas, porque, como dice el libro del Eclesiástico (34, 9): *Qui non est tentatus quid scit?*

No perdonaba tampoco san Juan de la Cruz a aquellos que veía con madera de santos [«quería bien a las personas que veía padecer trabajos con paciencia»⁹⁴] porque sabía que si no aceptaban morir en la cruz de la tribulación y prueba, poco había que esperar de ellos en las vías de la contemplación y de la unión con Dios. Muy bien lo explica el p. Alfonso Torres:

«Su alma toda entera se deshacía por dar a conocer los más seguros caminos de la santidad a las almas y enamorarlas de ellos; [...] La corona de San Juan de la Cruz como *maestro de la santidad* está cuajada de piedras preciosas inestimables; pero la más cuidadosamente labrada, la engastada con más amor, es la perfecta abnegación evangélica. La pulió y miró él en todas sus facetas, como el artista más enamorado perfila su obra predilecta. Su título más glorioso es *Doctor de la perfecta abnegación*»⁹⁵.

En todas sus obras encontramos trazos de esta doctrina de abnegación, explicada con mano segura según los dife-

⁹⁴ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 527.

⁹⁵ *Obras completas del p. Alfonso Torres, S. I.*, t. IX: «El escándalo de la cruz», BAC, Madrid 1973, 387.

rentes puntos o estados en que se encuentren las almas. El ponerse en la Noche oscura activa de los sentidos es ya la primera manera de morir, es el primer desprendimiento que el hombre tiene a la mano para matar lo que de viejo hay en él, y es a la vez la entrada en una vida espiritual seria. Que sea un primer paso no quiere decir que deje de ser exigente sino antes todo lo contrario. Bien mirada, la disposición que se requiere para esta noche aterra al corazón:

«...cualquiera gusto que se le ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para honra y gloria de Dios, renúncielo y quédese vacío de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso, que *hacer la voluntad de su Padre*, lo cual llamaba él *su comida y manjar* (Jn 4, 34)»⁹⁶;

«...diremos otra manera de ejercicio que enseña a mortificar *la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida*, que son las cosas que dice san Juan (1Jn 2, 16) reinan en el mundo, de las cuales proceden todos los apetitos.

Lo primero, procurar obrar en su desprecio y desear que todos lo hagan [y esto es contra la concupiscencia de la carne].

Lo segundo, procurar hablar en su desprecio y desear que todos lo hagan [y esto es contra la concupiscencia de los ojos].

⁹⁶ *Subida al Monte Carmelo*, libro I, capítulo 13, 4 (1S 13, 4) [*Obras*, 214].

Lo tercero, procurar pensar bajamente de sí y desear que todos lo hagan [también contra sí, y esto es contra la soberbia de la vida]»⁹⁷.

Obrar, decir y pensar contra el propio «yo» es ya bastante trabajo. Desear con sinceridad que los demás también obren, hablen y piensen bajamente de nosotros mismos, sin que les implique pecado, parece rayano al heroísmo. Y sin embargo son las primeras estaciones y es preciso morir todavía más, pero para eso necesitamos la obra de Dios, porque «con sólo llevar la cruz no se muere. Y para atravesar totalmente la noche, el hombre tiene que morir al pecado. *Puede entregarse para la crucifixión, pero no puede crucificarse a sí mismo*»⁹⁸.

Dios humilla al alma haciéndole padecer su propia impotencia, pero si el alma se arroja en Él (y este arrojamiento es muerte peor que la primera) recibirá en sí grandísimos frutos. Se comienza a ver, pues, cómo el toque doloroso de la mano de Dios en la propia vida no es sino el regalo más tierno y más sentido de su Misericordia Infinita. El alma va por esta noche de muerte «a oscuras y segura» («Era un camino más seguro, porque era camino de padecer»⁹⁹):

«¡Oh, pues, alma espiritual!, cuando vieres oscurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, e inhabilitadas tus toques para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten a buena dicha; pues que te va

⁹⁷ 1S 13, 8-9 [*Obras*, 215-216]. Todo el capítulo 13 de este primer libro de la *Subida* completa esta doctrina.

⁹⁸ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 95.

⁹⁹ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 189.

Dios librando de ti misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarás tan cabal, perfecta y seguramente, a causa de la impureza y torpeza de ellas, como ahora que, tomando Dios la mano tuya, te guía a oscuras como a ciego, a donde y por donde tú no sabes, ni jamás con tus ojos y pies, por bien que anduvieran, atinaras a caminar. [...]

Otra causa también porque en estas tinieblas ha ido el alma segura es porque iba padeciendo; porque el camino de padecer es más seguro y aún más provechoso que el de gozar y hacer: lo uno, porque en el padecer se le añaden fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas e imperfecciones; y lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes y purificando el alma y haciendo más sabia y cauta»¹⁰⁰.

Una vez librada el alma de lo que se interponía entre su amor anhelante y el amor misericordioso de Dios, que son los términos de la mística unión, todavía aparece un escollo mayor para que ésta se realice: el alma misma, con sus potencias naturales, y su modo natural de operar esas potencias. Para que salga airosa Dios la prueba con una mucho más oscura y dolorosa noche, que implica la muerte mística del espíritu, y trae aparejada una nueva vida, inefable. En el comentario de la *Llama de amor viva*, en el que se aclaman las glorias de la vida unitiva, san Juan de la Cruz expone de mil maneras los frutos simpar que han venido a adornarle como premio al tránsito de la vía de las cruces y las «nadas». En este contexto es donde el santo expresa de modo más claro su convicción de que todos los dolores, sufrimientos

¹⁰⁰ 2N16, 7. 9 [*Obras*, 648-649].

físicos o morales, persecuciones, humillaciones, daños, etc., todo lo que llamamos «nuestra cruz», es un obsequio cuidado de parte de Dios, es un regalo suyo, y es más, es un acto de su misericordia, que nos permite sufrir y merecer con Él crucificado.

Para el santo tiene el amor un *oficio* propio que «*es herir para enamorar y deleitar*»¹⁰¹. Esta herida no es una imagen lírica sino un desgarramiento de lo más profundo del alma que la mataría si Dios lo permitiese. Pero el alma al inicio no lo ve con claridad y en estas sufre todavía más, lo cual es bueno para su purgación. Comentando el verso «pues ya no eres esquivia» dice:

«Es a saber, pues ya no afliges, ni aprietas, ni fatigas como antes hacías; porque conviene saber que esta llama de Dios, cuando el alma estaba en estado de purgación espiritual, que es cuando va entrando en contemplación, no le era tan amigable y suave como ahora lo es en este estado de unión [...]

...esta llama, que es el Espíritu Santo, está hiriendo al alma, gastándole y consumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos; y *esta es la operación del Espíritu Santo*, en la cual la dispone para la divina unión y transformación y amor en Dios.

Porque es de saber que *el mismo fuego de amor que después se une con el alma glorificándola, es el que antes la embiste purgándola*»¹⁰².

¹⁰¹ 1L/8 [*Obras*, 960].

¹⁰² 1L/18-19 [*Obras*, 970-971].

Mucho padece el alma en estas alturas, según el testimonio de quienes las han vivido, «a saber, muy poco menos que en el purgatorio»¹⁰³. Y mientras en esta vida comunique con Dios, no hay en ella más que seguir esta vía:

«...cada vez que toca el cauterio de amor en la llaga de amor, *hace mayor llaga de amor*, y así *cura y sana más, por cuanto llaga más*; porque el amante, cuanto más llagado está, más sano; y *la cura que hace el amor es llagar y herir sobre lo llagado*»¹⁰⁴.

El dolor en estas etapas robustece al alma para recibir mayores comunicaciones de parte de Dios, la dispone y vacía para encontrarse con Él en la unión, la hermosea y engalana, y la hace reina y dueña de todo lo que no es Él, especialmente por medio de una nueva visión y criterio de juicio estrictamente sobrenatural. Sin dolor ni cruz es imposible recibir estas mercedes y disposiciones de espíritu:

«Lo cual acaece así porque, estando estas almas purificadas y puestas en Dios, lo que a su corruptible carne es causa de dolor y tormento, en el espíritu fuerte y sano le es dulce y sabroso; y así, es cosa maravillosa sentir crecer el dolor en el sabor. La cual maravilla echó bien de ver Job (10, 16) en sus llagas, cuando dijo a Dios: *Volviéndote a mí, maravillosamente me atormentas*. Porque maravilla grande es y cosa digna de la abundancia de la suavidad y *dulzura que tiene Dios escondida para los que le temen* (Sal

¹⁰³ 1L/4 [Obras, 973].

¹⁰⁴ 2L/7 [Obras, 1000-1001].

30, 20), hacer gozar tanto más sabor y deleite cuanto más dolor y tormento se siente»¹⁰⁵.

«Mas tú, ¡oh divina vida!, nunca matas sino para dar vida, así como nunca llagas sino para sanar. Cuando castigas, levemente tocas, y eso basta para consumir el mundo; pero cuando regalas, muy de propósito asientas, y así del regalo de tu dulzura no hay número. Llagástemme para sanarme ¡oh divina mano!, y mataste en mí lo que me tenía muerto sin la vida de Dios en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia, de que usaste conmigo con el toque que me tocaste de *resplandor de tu gloria y figura de tu sustancia* (Heb 1, 3), que es tu Unigénito Hijo, en el cual, siendo Él tu Sabiduría, *tocas fuertemente desde un fin hasta el otro* (Sab 7, 24); y este Unigénito Hijo tuyo, ¡oh mano misericordiosa del Padre!, es el toque delicado con que me tocaste en la fuerza de tu cauterio y me llagaste»¹⁰⁶.

Con especial empeño refuerza estas ideas al comentar el verso «y toda deuda paga», donde hace elenco de los trabajos por los cuales es menester arribar a la cumbre del monte de perfección. Todos los números que declaran este verso serían aquí a propósito, pero me limito a entresacar algunas líneas:

«Y para saber cómo y cuáles sean estas deudas de que aquí el alma se siente pagada, es de notar que, de vía ordinaria, ningún alma puede llegar a este alto estado y reino del desposorio, que no pase primero por muchas

¹⁰⁵ 2L/13 [*Obras*, 1006].

¹⁰⁶ 2L/17 [*Obras*, 1009-1010].

tribulaciones y trabajos; porque, como se dice en los Actos de los Apóstoles (14, 21), *por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos*, las cuales ya en este estado son pasadas, porque de aquí adelante, porque el alma está purificada, no padece.

Los trabajos, pues, que padecen los que han de venir a este estado, son en tres maneras, conviene a saber: trabajos y desconsuelos, temores y tentaciones *de parte del siglo*, y esto de muchas maneras; tentaciones y sequedades y aflicciones *de parte del sentido*; tribulaciones, tinieblas, aprietos, desamparos, tentaciones y otros trabajos *de parte del espíritu*, porque de esta manera se purifique según las partes espiritual y sensitiva»¹⁰⁷.

«Por estos trabajos, en que Dios al alma y sentido pone, va ella cobrando *virtudes, fuerza y perfección con amargura*, porque la *virtud en la flaqueza se perfecciona* (2Cor 12, 9)»¹⁰⁸.

«...hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden a Dios los traiga y pase a este estado de perfección, y cuando Dios los quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas, y hurtan el cuerpo, huyendo el *camino angosto de la vida* (Mt 7, 14), buscando el ancho de su consuelo, que es el de la perdición (7, 13), y así no dan lugar a Dios para recibir lo que le piden cuando se lo comienza a dar. Y así, se quedan como vasos inútiles (6, 15) porque, queriendo ellos llegar al estado de los

¹⁰⁷ 2L/24-25 [*Obras*, 1015-1016].

¹⁰⁸ 2L/26 [*Obras*, 1017].

perfectos, no quisieron ser llevados por el camino de los trabajos de ellos, pero ni aun casi comenzar a entrar en él, sujetándose a lo que era menos, que era lo que comúnmente se suele padecer»¹⁰⁹.

«Porque muchos servicios han de haber hecho a Dios, y mucha paciencia y constancia han de haber tenido por Él, y muy aceptos han de haber sido delante de Él en su vida y obras a los que Él hace *tan señalada merced de tentarlos más adentro, para aventajarlos en dones y merecimientos* [...] Ni más ni menos vemos en el santo Job que, en aceptando que aceptó Dios sus obras delante de los espíritus buenos y malos, luego *le hizo merced de enviarle aquellos duros trabajos para engrandecerle después mucho más*, como hizo multiplicándole los bienes en lo espiritual y temporal (Job 1, 2; 42, 12)»¹¹⁰.

Y brinda la norma de comportamiento práctica en un pasaje de oro:

«Conviénele, pues, al alma mucho estar con grande paciencia y constancia en todas las tribulaciones y trabajos que le pusiere Dios de fuera y de dentro, espirituales y corporales, mayores y menores, tomándolo todo como de su mano para su bien y remedio, y no huyendo de ellos, pues son sanidad para ella, tomando en esto el consejo del Sabio (Eclo 10, 4), que dice: *Si el espíritu del que tiene la potestad descendiere sobre ti, no desampares tu lugar* (esto es, el lugar y puesto de tu probación, que es aquel trabajo que te envía); *porque la curación dice hará cesar grandes pecados*,

¹⁰⁹ 2L/27 [Obras, 1018-1019].

¹¹⁰ 2L/28 [Obras, 1020-1021].

esto es, cortarte ha las raíces de tus pecados e imperfecciones, que son los hábitos malos, porque el combate de los trabajos y aprietos y tentaciones apaga los hábitos malos e imperfectos del alma y la purifica y fortalece. Por lo cual el alma ha de tener en mucho cuando Dios la envía trabajos interiores y exteriores, entendiendo que son muy pocos los que merecen ser consumados por pasiones, padeciendo a fin de tan alto estado»¹¹¹.

Toda la enseñanza del santo gira en torno a estos criterios y juicios sobrenaturales sobre el valor del sufrimiento y de los trabajos, y sobre el amoroso origen divino que estos tienen, y por tanto el amor con que ha de recibirlos y ejercitarse en ellos el alma. Es esta fundamentalmente, *la imitación que se nos pide de la disposición de Jesucristo*, que amó su cruz y con angustia aguardaba la hora de abrazarse a ella (cf. Lc 12, 50); de ese Jesucristo en quien nada suyo encontraba Satanás (cf. Jn 14, 30); del mismo que no usó metáforas ni rodeos a la hora de describir el camino que dejaba a zaga de su huella: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24).

¹¹¹ 2L/30 [*Obras*, 1022-1023].

VI

LA FUERZA DE LA CRUZ VIVIDA

Se dijo al inicio que en la cruz se cifra la misericordia de Dios al hombre: en todo el misterio de Cristo, pero particularmente en la crucifixión y muerte. La razón de esta particularidad estriba en la conveniencia de cierto «perfeccionamiento» que había de actuarse en nuestro Señor en orden al fin de la redención por medio del sufrimiento: «convenía que Aquel para quien y por quien son todas las cosas, que se proponía llevar muchos hijos a la gloria, *perfeccionase por las tribulaciones al autor de la salud de ellos*» (Heb 2, 10)¹¹². Por la experiencia de su pasión y cruz aprendió Jesucristo a compadecerse de nosotros de un modo nuevo. Comentando un paso de la *Carta a los hebreos* (2, 17), en el que el autor asegura que Jesús «hubo de asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de hacerse Pontífice misericordioso y fiel, en las cosas que tocan a Dios, para expiar los pecados del pueblo»; enseña santo Tomás:

¹¹² La conveniencia de esta perfección del actuar sacerdotal de Cristo, en orden a la redención del género humano, por medio de sus padecimientos, no debe entenderse como una necesidad estricta o una carencia de Cristo, como si dijésemos que Él llega a ser sacerdote por el sacrificio de la cruz y que antes no lo era; sino como una manera de actuarse perfectamente, por el cumplimiento de la obra sacrificial, lo que Jesucristo ya era con perfección desde el instante de la Encarnación, es decir, el Único Mediador entre Dios y los hombres (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 16, intr.; III, 20, intr.; III, 22, 1, c.; III, 22, 2, spec. ad 3um).

«Cristo, en cuanto que es Mediador, tiene un doble oficio. Porque delante de todo el género humano es puesto como *juez*, según se dice en Jn 5, 27: "...le dio poder de juzgar, por cuanto Él es el Hijo del hombre". Pero tiene otro oficio por comparación a Dios, ante quien como *abogado* interpela por nosotros, porque está ante Él en favor nuestro, como se dice en Heb 7, 25 y en 1Jn 2, 1: "abogado tenemos ante el Padre: a Jesucristo el Justo". Ahora bien, en el juez lo que máximamente se ha de desear es misericordia, especialmente por parte de los reos; en el abogado se espera, en cambio, fidelidad. En Cristo insinúa el apóstol que ambas características se dan por su Pasión. El género humano deseaba de Cristo, en cuanto juez, su misericordia; y en cuanto abogado, su fidelidad. *Y Cristo las mostró en su Pasión*. Por lo cual dice, en cuanto a lo primero, que por la Pasión "hubo de asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de hacerse Pontífice misericordioso".

Pero, ¿acaso no fue misericordioso desde toda la eternidad? Parece ser así, pues dice el Sal 145, 9: "benigno es el Señor para con todos; y su misericordia sobre todas obras", y así desde el inicio habría tenido misericordia, según lo de Job 31, 18: "desde mi infancia le criaba con misericordia".

A lo que respondo diciendo que la conmiseración se dice algo así como hacerse el corazón miserable o digno de compasión en razón de la miseria ajena, y esto puede hacerse de dos maneras. De una, por la sola aprehensión, y de este modo Dios, sin pasión alguna que lo altere, se compadece de nuestra miseria, según lo del Sal 103, 14: "Él sabe de qué hemos sido hechos". De otro modo, *por*

la experiencia, y así Cristo de manera inmejorable en su Pasión ha experimentado la miseria nuestra. Por lo que se dice que el que se movía a compasión por el conocimiento de nuestra miseria, se hizo misericordioso por su experiencia.

[...] Por esto se dice que fue hecho misericordioso y fiel, porque en aquello que padeció y en lo que fue probado, encontró conveniencia con aquello de que debía compadecerse»¹¹³.

El fondo de la ciencia de la cruz radica en la participación de esa experiencia de Jesucristo sufriente, que se dice misericordioso porque nos muestra favorable todo su Poder en cuanto Dios y porque nos permite, además, sufrir con Él lo mismo que sufrió en cuanto que era hombre. El fin de esta participación en su muerte es ciertamente la remoción del mal radical que aqueja a la naturaleza humana, que es el pecado, pero también, y primero, lo es la promoción del bien del propio hombre, que consiste en que llegue a la unión con Él, mediante los merecimientos que el mismo Cristo le mereció merecer. Ese es el gran fruto de la cruz del Señor, darle al hombre una vida divina, nueva, que nace del árbol de la cruz y vive de su savia:

«En la cruz tenemos el signo de la pasión y muerte de Cristo, y de todo lo que está ligado a ello como causa y clave de explicación. Por un lado, hay que pensar en el fruto de la muerte en la cruz: la redención. Pero aquí hay que señalar que la Encarnación está con ella estrechamente relacionada como condición de la pasión y muerte redentoras, y el pecado original como motivo de ambas. [...]

¹¹³ S. Ep. B. Pauli ad hebræos lectura, c. 2, l. IV.

los sufrimientos de la “Noche oscura” *son participación en la Pasión de Cristo, principalmente, en el sufrimiento más profundo: el abandono de Dios*. Esto ha tenido una confirmación ulterior en el “Cántico espiritual”, donde el ansia por el Dios escondido es *el* sufrimiento, que domina todo el camino místico.

[...] ¿Pero qué dolor ardiente puede medirse con el de la pasión del Hombre-Dios, quien durante toda su vida poseyó la visión beatífica de Dios, hasta que por propia y libre decisión se privó de este gozo la noche de Getsemaní? Como un espíritu y corazón humanos no podrían pensar ni experimentar lo que es la felicidad eterna, tampoco podemos adentrarnos en el insondable misterio de una tal privación. *Solo Él, el Único que lo ha experimentado, puede dar a gustar algo de ello a los que Él ha elegido para eso, en la confidencia de la unión sponsal*»¹¹⁴.

Esta experiencia es precisa para que la doctrina de la cruz sea verdadera *scientia crucis*. No lo sería en el caso de fundarse en un punto de vista meramente intelectual. Debe tener el sello auténtico de la cruz vivida y fructificada. El santo enseñaba y plasmaba en las almas lo que había vivido él antes. Exigía lo que se había exigido a sí¹¹⁵. Y no quitaba

¹¹⁴ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 316; «Cuánto más perfecta sea esta crucifixión activa y pasiva, tanto más íntima será la unión con el Crucificado y tanto más rica la participación en la vida divina» (77).

¹¹⁵ El Hno. Juan de Santa Eufemia, dependiente de él cuando era Rector de Baeza, «se vio notablemente afligido una vez que en este tiempo se halló en una granja, llamada Santa Ana, seis leguas de esta ciudad (de Baeza), que es tierra desierta. Y teniendo de ello noticia el Sto. Padre, escribió una carta con palabras y razones cerca del padecer por Dios Ntro. Señor y el llevar los trabajos, que en leyéndola sintió este testigo tanto calor en su alma, que quedó

jamás los ojos de la cruz del Señor, como fuente inagotable de las cruces de su vida, que muchas fueron (y más hubiese querido él que fueran). Muchos autores han hecho elenco de todos los trabajos que en su vida pasó Juan de la Cruz, e incluso algunas de sus biografías no constan más que de esto (y bien puede que su vida no hubiese constado más que de trabajos). Con el ardor y deseo de Cristo sabía tomar la cruz, activamente; y ante la acción purificadora de Dios, manifestada en mil penurias que la Providencia le brindaba desde la cuna, sabía también como Cristo llevarla sobre el hombro, en la pasividad fuerte y santa de los héroes, hasta la soledad y el abandono más crudos:

«Más efectiva que la mortificación, que se ejercita por propia elección, es la cruz que Dios impone a cada uno, así exterior como interior. Al igual que el camino del Salvador, así también fue el de su servidor fiel, desde el principio hasta el fin, *un camino de cruz*: miseria extrema y pobreza en los primeros años de su infancia, vanos intentos para ayudar a la madre en la dura lucha por la existencia, después un trabajo profesional que exigía, corporal y anímicamente, el absoluto empeño de sus fuerzas y una continua superación: *éstos son los principios de la escuela de la cruz*. Le siguen las decepciones sobre el espíritu de la Orden, a donde le condujo la llamada de Dios; seguramente dudas y luchas interiores ante la decisión de pasar a la Cartuja, y tras el feliz inicio de la Reforma en Duruelo,

muy consolado y animado a padecer aquel trabajo y otros muchos que se ofreciesen por Dios Ntro. Señor» (EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 536).

una cadena de pruebas muy pesadas y sufrimientos en la lucha por su ideal»¹¹⁶.

El tiempo y la fortaleza de su alma, sumados a penas indecibles en la cárcel de Toledo, durante nueve meses de muerte prolongada, le abrieron el corazón para recibir todavía más patentemente esa convicción de la mano de Dios en las penas y del bien que nos hacen. Cuando, escapado de prisión, marchó rumbo a Andalucía, se detuvo en Beas, donde lo recibieron las monjas que luego serían una de sus comunidades más cercanas; llegaba el santo aun extenuado por el tiempo de encierro, demacrado; entonces la Madre pide a una joven religiosa que cante una coplilla espiritual para recrearle el pecho del agotado padre. La religiosa, Francisca de la Madre de Dios, canta esta:

Quien no sabe de penas
en este valle de dolores,
no sabe de cosas buenas,
ni ha gustado de amores,
pues penas es el traje de amadores.

«Como el santo fray Juan de la Cruz oyó cantar la dicha letra, se enterneció y traspasó de dolor...; le comenzaron los ojos a destilar muchas lágrimas y a correr por el rostro hilo a hilo, y con la una mano se asió a la reja y con la otra hizo señal a esta testigo y a las demás religiosas que callasen y cesase el canto; y luego se asió fuertemente con ambas manos a la dicha reja y se quedó elevado y asido por una hora. A cabo de esto, volviendo en sí, dijo que *le había dado mucho Nuestro Señor a entender el mucho bien*

¹¹⁶ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 360.

que hay en el padecer por Dios, y que se afligía de ver qué pocas penas le daba a él para que supiera de buenas; lo cual causó a esta testigo y a las demás religiosas deste convento mucho amor y gusto en el padecer, y se admiraron de ver un hombre tan acabado de las penas que había padecido y que sentía tanto no haber padecido aún más»¹¹⁷.

Aquella nueva revelación del valor de los padecimientos le purificó aún más el juicio y criterio sobrenatural con que habitualmente todo lo sopesaba¹¹⁸. Se transformó en un principio de obrar que le acompañó toda la vida, y que tuvo su culmen en esta historia de su último año de vida, en la que se muestra a todos nosotros hasta qué punto es capaz de llegar la entrega de un alma en este camino de abnegación y

¹¹⁷ Testimonio de Francisca de la Madre de Dios en el proceso de Beas (Ms. 12.738 de la Biblioteca Nacional de Madrid, f. 418). Otros testimonios cuentan que se le oía hablar de su prisión con una sonrisa en los labios (cf. CRISÓGONO, «Vida», 213).

¹¹⁸ Es de notar que el juicio o criterio sobrenatural, que actúa como una discreción superior a la humana, es un efecto de la cruz, y es quizás una piedra de toque al respecto, porque escandaliza al mundo como ninguna otra realidad cristiana, lo contradice tan radicalmente que quien no lo tiene, o al menos quien no lo busca decididamente, lo considera necedad y locura: *la locura de la cruz*. El santo refiere a esto, por ej., en 3Ll 73-75 [*Obras*, 1107-1109]. Quien, siguiéndolo en el criterio, lo explica muy bien es el p. Alfonso Torres (*Obras completas...*, VII, 39-45); particularmente en este texto: «Por eso, si realmente queremos santificarnos, es menester que no seamos tan discretos, sino que andemos con esta otra discreción. ¿Que el Señor quiere esto? Lo hago. ¿Qué desea tal cosa? Pues yo se la doy. ¿Qué pide aquello? Pues se lo entrego sin pensar si es discreto o si no es discreto. ¿Qué pide la honra? Pues le doy la honra. ¿Qué puede pasar si la pierdo? Nada. ¿Es que se va a hundir una columna de la Iglesia? ¡Pues que se hunda! Y lo mismo en todo. La santa sencillez de la fe es la mejor discreción. Lo otro es una manera taimada y dañosa que tiene el enemigo para impedir el vuelo del alma hacia las alturas» (43).

deseos de unión. La relata el p. Crisógono, acudiendo al testimonio de su hermano, Francisco de Yepes:

«Una noche –quizá en la primavera de 1591, la última que fray Juan pasó en Segovia y en la tierra– después de cenar toma de la mano a Francisco y sale con él a la huerta. Las noches primaverales segovianas en la huerta del convento son deliciosas: ambiente puro, quietud de soledad con sonoridades de aguas lejanas, olor a flores silvestres, firmamento profundo... Cuando están solos los dos hermanos, fray Juan se dispone a confiar a Francisco algo que guarda como un secreto. Conoce la santidad de su hermano: virtud heroica, extraordinarios recibos del cielo, visiones, revelaciones... Y todo en un fondo de sencillez y de naturalidad encantadoras. El padre Carro, jesuita de Medina, que le confiesa, ha dicho que “tan gran santo es Francisco de Yepes como su hermano”. Ningún confidente, pues, mejor que él, por hermano y por santo. Fray Juan comienza a hablarle con sencillez:

“Quiero contaros una cosa que me sucedió con Nuestro Señor. Teníamos un crucifijo en el convento, y estando yo un día delante de él, parecióme estaría más decentemente en la iglesia, y con deseo de que no sólo los religiosos le reverenciasen, sino también los de fuera, hícelo como me había parecido. Después de tenerlo en la iglesia puesto lo más decentemente que yo pude, estando un día en oración delante de él, me dijo: *Fray Juan, píde-me lo que quisieres, que yo te lo concederé por este servicio que me has hecho*. Yo le dije: *Señor, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por vos, y que sea yo menospreciado y tenido en poco*. Esto pedí a Nuestro Señor, y Su Majestad lo

ha trocado, de suerte que antes tengo pena de la mucha honra que me hacen tan sin merecerla»¹¹⁹.

Finalmente Cristo, que tiene oídos para los que se le acercan confiadamente, lo escuchó y le concedió en sus últimos meses la humillación y el desprecio que pedía, y él se mantuvo firme, impávido, en su puesto, fuerte y digno... y con una alegría desbordante por poder recibir aquel último «merecimiento».

¹¹⁹ «Vida», 402-403.

Recapitulación

Abrimos este trabajo haciendo referencia a la fragilidad de Cristo, que es fuerza nuestra, especialmente en la cruz. Allí puesto Jesucristo quedó a merced del Padre y de los hombres. Pero no ha de engañarnos la imagen, porque esa flaqueza, realmente asumida, es «más poderosa que los hombres» (1Cor 1, 25). Cristo fue fuerte en la cima del Calvario, porque amó su cruz y no dejó su puesto, aun a costa de la muerte. Y con esa fortaleza obtuvo la posibilidad de redimir, de rescatar a los hombres y de hacerlos partícipes de su sacrificio, lo cual excede al propio hombre en cuanto tal. El amor de Cristo puede parecer hasta indiscreto a los ojos meramente humanos; su elección de pasar, siendo Dios como era, por la humillación de ser llenado de oprobios [cf. EE 167] demuestra hasta donde quiso experimentar nuestra pena, a fin de poder compadecerse de nosotros. El Papa san Juan Pablo II expresaba así su victoria final:

«Este es el Hijo de Dios que en su resurrección ha experimentado de manera radical en sí mismo la misericordia, es decir, el amor del Padre que es *más fuerte que la muerte*. Y es también el mismo Cristo, Hijo de Dios, quien al término —y en cierto sentido, más allá del término— de su misión mesiánica, se revela a sí mismo como fuente inagotable de su misericordia, del mismo amor que, en la perspectiva ulterior de la historia de la salvación de la Iglesia, debe confirmarse perennemente *más fuerte que el pecado*. El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente: histórico-salvífico

y a la vez esjatológico. En el mismo espíritu, la liturgia del tiempo pascual pone en nuestros labios las palabras del Salmo: “Cantaré eternamente las misericordias del Señor” [88 (89), 2]»¹²⁰.

San Juan de la Cruz fue también un hombre fuerte, «de valor y pecho» y «de gran corazón y ánimo varonil para vencer cualquier dificultad»¹²¹, que obtuvo junto a Cristo la victoria en su vida por medio de la cruz, y por la perseverancia y confianza de mantenerse siempre en su sitio [«ninguna cosa le hizo hacer mudanza»¹²²], volcado desde la posesión del fondo de su alma hacia las necesidades de sus hermanos y prójimos, para enseñarles también a ellos a llevar sobre sí la cruz, a fin de gozar junto con ellos el triunfo definitivo de Cristo... el triunfo de los que murieron con Él. Para nosotros es ésta la gran enseñanza de su vida, la de la necesidad de perder los miedos que nos hacen huir de la cruz y enamorarnos de ella, porque en ella Cristo nos quiere dar más que cualquier premio, porque se nos quiere dar Él:

«Quien se ha decidido por Cristo, está muerto para el mundo y el mundo para él. Lleva en su cuerpo los estigmas del Señor, es débil y despreciado por los hombres, pero, precisamente por esto, fuerte, pues la fuerza de Dios es poderosa en la debilidad [2Cor 12, 9]. Con este conocimiento, no sólo toma el discípulo de Cristo sobre sí la

¹²⁰ S. JUAN PABLO II, Carta enc. *Dives in misericordia*, 8 [43].

¹²¹ CRISÓGONO, «Vida», 294.

¹²² Testimonio del p. Inocencio de San Andrés en el proceso de Caravaca (Ms. 12.738 de la Biblioteca Nacional de Madrid, f. 217).

cruz que le ha sido impuesta, sino que él mismo se crucifica»¹²³.

Nosotros mantenemos el empeño de escapar a las humillaciones cotidianas, de crearnos un buen nombre y luchar por mantenerlo, de que se reconozca nuestra autoridad aunque sea en pocas cosas pero concretas, de mostrar que no somos inferiores a nadie ni en hechos ni en palabras. Y eso nos hace flexibles, volátiles, superficiales, cambiantes, líquidos. Queremos que nuestras empresas y proyectos caminen sin problemas, pedimos a Dios sus éxitos rotundos, los imaginamos una y mil veces encumbrados y alabados. Todo esto nos hace alejarnos de la cruz, nos quita tiempo para pedirle, para reclamar insistentemente a Dios ser tenidos en nada, no contar para nadie, ser calumniados, depreciados, humillados. Estas intenciones no las recordamos, por lo general, a la hora de enumerar al Padre nuestras culpas. Quizás sea falta de confianza, quizás de fortaleza, quizás también de verdadera misericordia que nos abra en nuestra acción a la acción de Dios. Algo pone freno a su obra de crucifixión de cada una de nuestras almas, y desdibuja luego todo el resto de sus enseñanzas, pues quien conoce la cruz y la experimenta sin temores, conoce y experimenta a todo Cristo, y la obra de Cristo. Quien no la conoce, solo se conoce a sí, pero al Cristo que es nuestra fuerza, aunque se llene la boca de Él, lo ha dejado en el olvido.

«En recibir así las enseñanzas del Señor, sin desfigurarlas con algo nuestro, está la doctrina de la docilidad

¹²³ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 62; «Todas las cargas y sufrimientos de la vida, deben ser considerados como mensajes de la cruz» (69).

completa; pero esta docilidad no la tendremos si no perdemos el miedo a la cruz, no en teoría, sino de una manera práctica. En tanto no se pierda el miedo al misterio de la cruz, venga de donde venga, tome la forma que tome, de cualquier manera que el Señor la despliegue a nuestra vista, no tendremos ojos para ver las enseñanzas del Señor ni podremos recibir bien las confidencias de Jesús; sobre todo la gran confianza: *El que quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16, 24). ¿Cómo la vamos a entender? Para que perdamos el horror a la cruz tenemos que apoyarnos en Él, porque nuestra naturaleza no está hecha para ser crucificada; irá al Calvario solamente cuando nos dejemos llevar por el espíritu de Dios, cuando reconozcamos sinceramente que no por nuestro propio esfuerzo subiremos a la cima, sino que hemos de ser llevados por el amor misericordioso del Señor. El alma que lo entiende así —no se apoya en sí misma, se atreve a todo—, ese alma puede repetir las palabras de San Pablo: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta* (Flp 4, 13)»¹²⁴.

¹²⁴ *Obras completas del p. Alfonso Torres*, VII, 8.

Índice

Introducción	5
A manera de dos presupuestos	15
I. La escuela doméstica del amor sacrificado	17
II. La práctica de la misericordia corporal y espiritual en la vida religiosa	29
III. Las artes de enmendar los errores y del perdón cristiano	39
IV. Sus luchas contra «todo» el pecado	49
V. La enseñanza de la cruz	65
VI. La fuerza de la cruz vivida	77
Recapitulación	87
Índice	91

Se terminó de realizar esta edición en el
MONASTERIO «CHARLES DE FOUCAULD»,
en La Marsa, TÚNEZ,
el día 20 de junio de 2020,
memoria del CORAZÓN INMACULADO
de la SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

- *DEO GRATIAS* -

«Maestro en la fe y en la vida teologal, Juan de la Cruz nos ha inculcado la necesidad de ser purificados por el Espíritu del Señor, para desarrollar una acción apostólica incisiva y eficaz. Pues existe una estrecha conexión entre la contemplación y el empeño por la transformación del mundo... La humilde y austera figura de este carmelita irradia con sus escritos, que se revelan ahora mismo de grande actualidad, una grande luz para penetrar en el misterio de Dios y en el misterio del hombre. Él, que tuvo un sentido particular de la trascendencia divina, oriente nuestra miradas en la hora de la nueva evangelización».

(San Juan Pablo II)

